

UN DRAMA

Emilia Pardo Bazán

ÍNDICE

Capítulo I	59
Capítulo II	65
Capítulo III	73
Capítulo IV	79
Capítulo V	87
Capítulo VI	95
Capítulo VII	101
Capítulo VIII	107
Capítulo IX	113
Capítulo X	119
Capítulo XI	125
Capítulo XII	131
Epílogo	137

REPRESENTÁBASE aquella noche, en la Comedia Francesa, nada menos que la *Fedra* de Racine. Los periódicos habían hablado de su desempeño como se habla de una solemnidad artística: y, en efecto, la más escrupulosa propiedad y exactitud en decoraciones y trajes y el estudio más concienzudo de los papeles probaban con cuánta veneración se interpretaba en la famosa *Casa de Molière* la obra maestra de la tragedia clásica. Los actores parecían figuras desprendidas de algún elegante vaso griego. Mounet Sully, que caracterizaba el papel de *Hipólito*, podía, en cualquiera de sus actitudes sentidas y nobles, servir de modelo a un artista. Su barba y su pelo rizados con simetría, su blanco palio de lana, de esculturales pliegues, las cintas y ataduras de la sandalia, que abarcaban bien el contorno de las piernas musculosas, eran detalles dignos del pincel del decorador de alfarería de las edades heroicas helenas.

Sin embargo, la concurrencia, que oía en silencio religioso y con respetuosa atención los parlamentos de Hipólito, de Terámenes, de Aricia y de Enona, sólo parecía despertar y reanimarse al impulso de una emoción más viva siempre que salía a escena *Fedra*, papel que desempeñaba la Desclée. Mientras los demás actores, conservando las tradiciones de reverencia fría y convencional que suele infundir la clásica pureza del arte, accionaban con acompasada rigidez y declamaban solemnemente, la actriz había comprendido que Fedra tiene que ser la mujer eterna, la pasión que puede modificar sus formas al través de los siglos, pero cuya esencia no cambia jamás. La terrible enfermedad de la hija de Minos, el mal de amor, el *mal sagrado* de la Antigüedad, el que atiranta los nervios y abraza con altísima

fiebre la sangre, se revelaba en la gran trágica (nunca tan grande como entonces) por medio de una acción romántica y libre, y hasta en ocasiones impregnada de sentido realista, a la moderna. Las lacias actitudes de su quebrantado cuerpo; la expresión conmovedora de su cara; el oscuro livor que rodeaba sus ojos; la contracción de su seca boca; la crispatura de sus manos, que arrugaban el largo *peplum*; y sobre todo la voz humedecida por las lágrimas o ronca como arrullo de paloma por la intensidad del deseo, hacían que el auditorio, desdénando el juego de los demás actores, sólo tuviese ojos y oídos para la interesante *Fedra*.

Un observador, de esos que gozan refinadamente en comprender y cultivan la manía de escrutar almas, persuadidos de que en la humanidad hay tanto que descifrar, por lo menos, como en los libros, encontraría magnífico asunto para sus estudios en un palco oscuro o *baignoire*, ocupado por dos damas y tres caballeros, que seguían el desarrollo del drama con impresiones tan diferentes, como distintos eran entre sí los cinco espectadores.

Era evidente que el espectáculo del horrible conflicto moral de *Fedra* producía en ellos sentimientos opuestísimos, que hubiesen podido servir de piedra de toque para discernir inmediatamente la complejión moral de cada uno. La oscuridad relativa de esa clase de plateas peculiares de los teatros franceses, sobre las cuales proyecta densa sombra la línea saliente de los palcos entresuelos, contribuía a que las cinco personas a quienes vamos a conocer dejasen salir al rostro sin reparo las impresiones del terrible drama, que alguna de ellas escuchaba por primera vez aquella noche, no habiéndolo leído jamás.

Instaladas las dos señoras en los asientos delanteros, la una frente a la otra, formaban marcado contraste sus tipos. La que ocupaba el lugar de preferencia, de cara a la escena, era la mayor en edad; no tanto, sin embargo, que pasase de ese período de plenitud y apogeo de la vida femenina, comprendido entre los veintiocho y los treinta y dos. La blancura luminosa y algo ambarina de su piel la realzaba el cabello, teñido del color castaño, como de concha carey, que a la luz tiene ligeros cambiantes cobrizos. Este artificio de tocador, inspirado en pasajero ca-

pricho de moda, por casualidad, en la figura especial de aquella dama, era artístico acierto, pues completaba la semejanza de su cabeza con las de las mujeres de Veronés, en quienes el evidente vigor físico sólo sirve para revelar la vehemencia y energía de la voluntad. La robustez y vitalidad profunda de la dama sentada en la *baignoire*, no se expresaba con formas mórbidas y turgentes, como en los modelos de Rubens, tan materialotes y carnosos, sino en la buena proporción del cuerpo, en la victoriosa juventud que conservaban las formas, en el brillo deslumbrador de la dentadura, en la nerviosa elegancia del cuello y de las manos, en el sólido tejido de la epidermis, en la riqueza del cabello que se espesaba en la tersa nuca de marfil, según permitía ver el peinado, de alto rodete mezclado con bucles vaporosos. Aquella mujer, que con su delgado talle, su busto recogido, su fino cuello algo inclinado, en la actitud de quien escucha atento, y la delicada línea de sus brazos ceñidos por el largo guante de Suecia y apoyados en el antepecho de la *baignoire*, podía parecer desde lejos una belleza llena de espiritualidad, era realmente, vista de cerca, uno de esos seres en quienes la ardiente y fuerte acción de los sentidos se explica, no sólo por antecedentes de raza y de familia, sino por circunstancias de la vida, que completan la obra de la naturaleza.

Durante tres generaciones, los ascendientes en línea materna de Teodora se habían casado jóvenes, tenido pocos hijos, y los criaban en una aldea de la costa italiana, al borde del mar, donde poseían hacienda. Eran una familia oriunda de Nápoles, llamada de los Gabrielli. La madre de Teodora, de rara belleza, casó con un caballero lorenés, Gastón de Montcal, enriquecido por la herencia de un tío que pasó a la Guyana y se trajo de allí mucho oro ganado entre aventuras y lances que nunca se supieron con exactitud, pero que se leían en su rostro amarillo, surcado y devastado por las privaciones y los sufrimientos. Los Montcal habían sido ligueros, duelistas, enamorados, y si el padre de Teodora obtuvo la mano de la hermosa Jacoba Gabrielli, lo debió a que, manteniendo las tradiciones de su familia, se empeñó en andar a estocadas con otro pretendiente ya aceptado de antiguo, y esto (y la involuntaria preferencia de la italiana por el atrevido hidalgo), decidió en favor suyo la contienda.

Teodora fue el único fruto de este enlace. Poco después de su nacimiento, la madre contrajo una de esas enfermedades que hacen mayores estragos en las organizaciones recias y vigorosas —la viruela—, y a ella sucumbió en pocos días. El enamorado esposo —inconsolable entonces, aunque después, como veremos, harto se consoló— se retiró al campo, dejando a Teodora al cuidado de sus abuelos maternos. Teodora se crió en Italia y se recreó en París.

A su infancia y adolescencia pasadas a orillas del Mediterráneo, a sus atrevidos juegos en la playa, por donde la dejaron travesear semidesnuda, con los pies encharcados en agua salobre y las manos llenas de algas, arenas y conchillas, debió Teodora la rica sangre, la intacta energía de un temperamento meridional puro, de instinto, de ímpetu, de esos que acaban por prevalecer y dominar sobre las demás influencias de la vida. La huella de una existencia tan decisiva para lo físico y lo moral de una criatura, reaparece imperiosa y casi fatal al través de todas las situaciones en que puede encontrarse el ser humano. Por más que la frivolidad parisiense, sus excitaciones enervantes y sus placeres casi siempre vacíos y facticios, que borran el carácter y embotan el sentimiento, pasasen después sobre Teodora Montcal, no habían de conseguir nunca desgastar y reducir al molde común de la parisiense versátil y amuñecada a aquel trozo de mármol pagano, pulido por los besos del sol y las ásperas caricias de la brisa que riza el oleaje. A los quince años, Teodora fue llamada al lado de su padre, que acababa de enviudar por segunda vez y tenía de las últimas nupcias un niño, a quien esperaba que cuidaría Teodora. La primer entrada de ésta en la casa paterna fue coger a solas al muchacho, su hermanillo, y profiriendo una blasfemia aprendida de los pescadores del golfo, y en la cual había *sangres* y *cuerpos* de algo divino y sacratísimo, abofetearle duramente y morderle después la oreja, con una crueldad y unos dientes agudos de tigresa joven. Y como el padre, interviniendo para salvar al rapaz, reprendiese indignado a Teodora, ésta, echando venablos por los negros ojos, declaró que a aquel chiquillo le aborrecía, que le había detestado a aquel hijo de cabra desde el instante de verle, que era horrible, que era odioso, y que no respondía de sí caso de que volviesen a po-

nérselo delante. El mismo día Montcal depositó a su hija en un convento del Sagrado Corazón, no sin escribir a los abuelos una carta muy severa, lamentándose de que hubiesen educado a su hija como a una salvaje, o peor aún.

Cosa extraña: la salvaje dio bien poca guerra a las monjitas. Como si se hubiese convencido de que por el camino de abofetear y morder orejas no se iba a parte alguna, o como si deseara aprender la ciencia de las buenas formas y de la moderación, indispensable para que una señorita se presente en el mundo, la salvaje se hizo en breves días una colegialita encantadora, aplicada, obediente, graciosa, zalamera, que embelesó a las monjas y se captó las simpatías de las educandas. Aprendió con facilidad sorprendente cuanto la enseñaron, y su memoria y su inteligencia fueron encanto de las profesoras y envidia de las compañeras de colegio. Sin embargo, el padre, no sin causa prevenido contra la hija, no se fiaba; y tanto no se fiaba, que para tener en su casa mujer, alguien que velase por el niño, pasó a terceras nupcias. Entonces los abuelos de Teodora hicieron el sacrificio de establecerse en París; reclamaron a su nieta, la sacaron del convento, y, picados de honor, completaron su educación de un modo brillante, con escogidos profesores a domicilio. A los veinte años, cuando salió de su capullo, Teodora de Montcal era, en lo exterior, la más pulcra damisela, la más delicada *ingénue* que cabe soñar, según el patrón clásico de la tierra donde todavía informan el sentido de la educación de las jóvenes las ideas correctas y relamidas de la ilustre fundadora de Saint Cyr.

Pero en vano cubriréis con tierra de labor o con infecunda arena el ardiente cráter del Vesubio. Sí: por algún tiempo, creeréis haber triunfado de la tenaz naturaleza. Veréis en las laderas antes surcadas por la lava destructora germinar una vegetación pacífica; la viña verdeará, el olivo extenderá sus brazos cargados de fruto, el suelo no se estremecerá de terror, en el horizonte no flotará el penacho de humo que anuncia la catástrofe, el cielo será puro y azul, el mar parecerá una balsa de líquido zafiro, encerrado en concha nacarina... Un día, mientras dormís, imperceptible bostezo conmueve ligeramente las entrañas de la tierra: diríase que aquel leve movimiento ni aun puede derrocar

un paredoncillo arruinado. Sin embargo, la oscilación aumenta, y una chispa de luz rojiza colorea la cresta del monte. Entonces, los que conocen el país, los que saben cómo se inicia el tremendo cataclismo, recogen a escape su hacienda y sus ganados y huyen sin mirar atrás, con el pánico en el corazón y la palidez de la muerte en el rostro. Es que ya la lava en fusión, serpiente horrible de llama, les persigue y les acosa, y desciende en hervidoras oleadas, abrasando cuanto encuentra, dejando el suelo arrasado y convirtiendo en inmensa hoguera pueblos enteros, que luego sepultará la lluvia de cenizas. El Vesubio se ha despertado: peor para los que creyeron que dormiría siempre.

II

TRES años después de su aparición en el mundo, Teodora de Montcal hizo una brillante boda con un español de distinción, rico e ilustrado, —lo que se dice el ave fénix—, Jacinto Castellá y Manrique, hijo de un opulento negociante de Bilbao que tuvo el buen sentido de liquidar, fincar y dejar a sus hijos Jacinto y Fermina un caudal a prueba de reveses. La hermana de Castellá era la señorita que ocupaba el asiento de frente a Teodora: el caballero sentado detrás de ésta, su marido; y el que con Fermina conversaba a media voz en castellano, y con acento que revelaba nacionalidad española, era su prometido, Lorenzo Gurrea.

He dicho que por el efecto que producía en aquellos espectadores la representación de *Fedra*, pudiérase conocer lo íntimo de su modo de ser, esa esencia oculta que, permaneciendo tal vez encubierta muchos años para los que ven las cosas desde afuera, se revelará infaliblemente al primer conflicto, a la primera circunstancia grave y decisiva, de las que desnudan el alma.

Jacinto Castellá, el esposo de Teodora, seguía la representación con pura curiosidad y grato *dilettantismo* de literato y artista. Ambas cosas era de afición, no por oficio, y por necesidad mucho menos; cultivaba sus gustos delicados y selectos con íntima convicción de que no le habían de llevar a la inmortalidad, y sin esas aspiraciones ardientes a la gloria que gastan tanto fluido nervioso y después de las cuales cae a veces el artista genial y creador en profundo desaliento y negro pesimismo. El millonario Jacinto Castellá, al par que iba reuniendo selectísima biblioteca de obras inestimables; al par que recorría las tiendas de

los anticuarios y escribía a todos los puntos del globo para enriquecer su galería de cuadros o su interesante colección de hierros forjados góticos y bronce de la época griega y romana, se entretenía en rimar, en cincelar, mejor dicho, versos materialmente perfectos, pero incoloros, tibios, sin esa chispa divina de inspiración que caldea la forma y la hace inflamar el espíritu del que lee. La forma, en los versos de Castellá, era inerte, aunque correcta y pura, y cuando se decidía a imprimir un tomito, de forma rara, en tirada de muy pocos ejemplares numerados, sobre papel de hilo, de cuba, con viñetas y finales de Vierge, nunca faltaba algún crítico académico y docto que le enviase bocanadas de incienso rancio, en artículos empedrados de arcaísmos, y que por otra parte nadie leía. Una especie de discreta reputación, una reputación mate, sin reflejos, rodeaba el nombre de Jacinto Castellá, prestándole vaga aureola de distinción, más bien de persona culta que de literato. Él no aspiraba a otra cosa. La belleza del arte la sentía como recreo, como algo que se hace a su hora y que presta a esa hora el encanto peculiar de un goce tranquilo.

Jacinto era una naturaleza linfática, perezosa, y lo revelaba bien su fisonomía. Frisaba, cuando le conocemos, en los treinta y ocho, y nadie podía llamarle feo, pues sus facciones eran finas y aniñadas, mediana su estatura, y su cuerpo, aunque algo encorvado como si conservase la posición del que lee o se inclina para examinar un cachivache curioso, no carecía de soltura y elegancia bajo la bien cortada ropa. Pero los ojos de un azul apagado y frío; la barba castaño pálido; el pelo suave, ralo ya, y las sienes despojadas de él; la boca inteligente, de delgados labios y de indolente expresión; las manos larguiruchas y marchitas, como de viejo, todo delataba en Jacinto Castellá al individuo de sangre pobre y escasa energía física, producto de unas cuantas generaciones nerviosamente agotadas por el trabajo sedentario y la devoradora ansiedad del tráfico y la ganancia. En efecto, la fortuna de la casa Castellá y Amblera, cimentada oscuramente por el bisabuelo de Jacinto, no se consolidó hasta que su padre se hubo lanzado a grandes negocios de carbón y de mineral, en los cuales más de una vez vio cara a cara y amenazadora la quiebra, y despertó de noche con el estremecimiento que precede

al suicidio. Jacinto, liquidada su parte, no tuvo ánimo para arros-trar tales sustos, y vivía apaciblemente, entretenido con sus afi-ciones, deslumbrado un momento por la belleza de Teodora de quien se había prendado como se prendería de un objeto de arte, de una estatuilla griega o de una soberana testa de Venus en-contrada en alguna excavación. Aquellas puras líneas, aquella soberana forma modelada por un artífice que cuando quiere se deja atrás a los escultores paganos, ejercieron sobre Jacinto una atracción que por algún tiempo pareció amor, y amor ardiente y profundo. Sin embargo, incluido ya en colección el precioso objeto, calmose, como suele suceder, la fiebre del coleccionista, pero no el empeño de conservar aquella inestimable joya en lugar preferente y visible, sobre fondo que la hiciese resaltar, de manera que envidiasen a su afortunado poseedor. Con el mismo esmero con que editaba y encuadernaba sus tomitos de poesías, Jacinto Castellá presentaba en público a su hermosa mu-jer, ataviada y prendida con estudio y arte. Hasta tal extremo llegaba la inocente vanidad de Jacinto, y tal era la fe de Teodo-ra en la natural inteligencia estética de su esposo, que tenía em-peño en llevarle consigo a esas excursiones a casa de modistos, zapateros y joyeros, a las cuales prefieren siempre ir solas las da-mas. Doucet, el célebre sastre de señoras, profesaba gran con-sideración a Jacinto, y le consultaba gravemente sobre ciertas restauraciones arcaicas, destinadas a refrescar y acentuar la moda contemporánea.

En Fermina, la hermana de Jacinto, mucho más joven que él, como que representaba veinticuatro años a lo sumo, notábase que la tragedia, lejos de producir el deleite y la refinada com-placencia que en su hermano, causaba una extrañeza unida a cierta curiosidad más bien repulsiva, del género de la que hace que al cruzar por la calle y ver un corro formado alrededor de un objeto de espanto, un hombre muerto de muerte violenta, en vez de pasar de largo, nos incorporemos al corrillo e inten-temos ver, para cubrirnos luego con las manos los ojos y estar todo el día *reviendo* la horrible imagen. Es evidente que a Fer-mina le parecía monstruosa aquella mujer agonizando de in-cestuoso amor, declarándolo en un impulso invencible, solici-tando al propio hijo de su esposo, increpando a los dioses

porque encendieron en su seno y en el de toda su raza una funesta hoguera; y ni la sonoridad y armonía de los versos, ni la admirable profundidad del estudio psicológico, ni la verdadera grandiosidad de la catástrofe moral de *Fedra*, existían para aquel alma joven y virgen, que conservaba frescas las nociones de estricta moral y de normalidad sana aprendidas en el hogar de la familia y corroboradas en la atmósfera de un pueblo de provincia influido por la probidad comercial y guiado por el confesionario. Fermina, tardío fruto de una unión que duró cerca de cuarenta años, criatura engendrada en indiferente abrazo conyugal por un padre devorado de inquietudes que nada tenían que ver con el amor, había salido en todo y por todo, figura y carácter, a su madre, que, libre de los cuidados que al negociante abrumaban, y en la edad robusta de los treinta y siete años cuando concibió a Fermina, impuso su temperamento bien equilibrado y su excelente complexión a aquel último vástago.

No cabía tipo más opuesto al de Jacinto que el de Fermina. Ésta lucía una frescura vulgar, semiplebeya, y era de correctas facciones, algo carnosas; de buenos ojos rasgados y francos, duros cuando se enojaba; blanca, pelinegra, guapa sin expresión y sin el encanto indefinible de una sonrisa inteligente; de trato más cordial y alegre que dulce, aferrada a sus ideas, y, como niña provinciana, algo recelosa y suspicaz. París no entraba en ella, solía decir a sus horas de impaciencia y tedio, poco después de haber llegado a la populosa capital. Sólo estaba en París desde hacía año y medio, el tiempo transcurrido desde la muerte de su madre, que había sido causa natural de que Jacinto se hiciese cargo de la muchacha.

En efecto, el trasplante tuvo que ser violento y antipático para Fermina, no sólo destetada del mimo materno, sino privada de toda su sociedad familiar de Bilbao, sus amiguitas, ese círculo que tanto agrada a los espíritus algo limitados, ese placer de conocer todas las caras y no pasar por una calle sin que hasta las puertas nos saluden. Mal sabría Fermina definir por qué no sólo la repugnaba París y el modo de vivir parisiense, sino hasta la vivienda de su hermano, elegante hotelito próximo al antiguo palacio Basilewski, rodeado de árboles, más tranquilo y solitario que una casa de aldea. Era lo que experimentaba Fermina

un alejamiento inexplicable, sordo malestar de esos que nacen en lo más íntimo de nuestro ser, en los ocultos repliegues donde vigila el instinto para suplir con ventaja las deficiencias de la razón. Sin poder justificar la sensación que a pesar suyo la dominaba; sin basarla en hecho alguno, ello es que Fermina no se acostumbraba al hogar de su hermano. Dos o tres veces, al pasar por delante de las vitrinas donde se ostentaban preciosos bronces antiguos, esmaltes, ágatas y juguetes de marfil, había exclamado Fermina apartando los ojos y ruborizándose: «¡Qué porquería!». Y Jacinto, con la convicción de que su hermana carecía en absoluto de gusto y de criterio, tuvo que guardar dos o tres preciosidades pompeyanas en un armario de puertas de madera. Las mismas protestas, o por lo menos una silenciosa desaprobación, manifestada como la manifiestan las muchachas jóvenes, que no saben disimular ni por cortesía, provocaban en Fermina ciertos detalles del tocador de su cuñada —la forma de los espejos, las dos náyades de mármol que sostenían la bañera, y el techo, voluptuoso fragmento de Tiépolo, hallazgo inestimable de Jacinto—. En general, Fermina era hostil a los trajes de Teodora, a sus joyas, a sus aficiones, a su modo de hablar, si bien la hostilidad contra la persona no hallaba todavía ocasión de revelarse, porque Teodora trataba a su cuñadita con fraternal llaneza y hasta con mimo y halago. Las pequeñeces pueriles de Fermina habían tenido carácter más belicoso y agresivo en los primeros tiempos de estancia en París, y las había exacerbado el empeño de la muchacha en llevar por su madre un luto cerrado, al estilo de provincia, con muchas prácticas religiosas y un retiro completo, casi con prohibición de reír y de hablar alto. Pero Jacinto estaba demasiado hecho a la vida parisiense, para que, transcurridas las primeras semanas, no la reanudase, si bien prescindiendo de grandes fiestas y comidas y buscando en los teatros la sombra de las *baignoires*. Y al principio Fermina declaróse en rebelión e inició una protesta furiosa, una testarudez en quedarse en casa, que no podían vencer ni las bromas de la cuñada ni la afectuosa súplica del hermano. La decoración cambió de repente, tan de repente, que Fermina misma se admiraría si se lo hiciesen notar... La clave del enigma la poseía el hombre que se sentaba a su lado, Lorenzo Gu-

rra, su novio, mejor dicho su futuro, encontrado en aquel París tan aborrecible... ¡Ah! Desde que Lorenzo Gurrea apareció, Fermina se sintió reconciliada con París, y con la vida, y hasta con las vitrinas de su hermano...

Ya que sabemos la distinta impresión que en Jacinto y en Fermina producía la representación de *Fedra*, bueno será que digamos la que causaba en el arrogante mancebo, a quien su apellido delataba por aragonés de origen, y emparentado con los linajes más nobles y antiguos de la tierra de Aragón; tal vez con la misma casa real. Pero antes de estudiar en su expresiva fisonomía los efectos del drama, apresurémonos a decir que la raza humana, que aparece empobrecida y gastada en los ejemplares que cría en países de excesiva y recargada civilización y donde no se contrasta la excitación cerebral con los ejercicios físicos, presenta ya muy pocos tipos comparables a Lorenzo Gurrea. El padre de Lorenzo, el viejo general carlista Gurrea Pinós, acostumbraba decir babándose de vanidad paternal y de lealtad monárquica: «Mi chico sería el mejor mozo de la tierra... si no fuese por el rey...».

Menos apersonado que don Carlos, y de estatura menos prócer, en Lorenzo admiraba la proporción del cuerpo y su noble gallardía. Aunque toda ropa le cayese bien, despegábase del torso de Lorenzo el feo y prosaico traje actual, y su esternón curvo y desarrollado, su quebrada cintura, sus piernas fuertes y nerviosas, su elegante y arqueado pie, pedían a gritos uno de esos uniformes pintorescos que se ajustan a la línea y avaloran la perfección de una estatua humana. El exiguo frac, destinado precisamente a lo contrario, a encubrir miserias anatómicas, diríase que iba a romperse, saltando en pedazos, al fuerte latir de aquel vigoroso pecho.

Pero lo que superaba a la magnificencia del cuerpo —al fin belleza puramente animal— era la simpática irradiación de la españolísima cabeza. Moreno, con palidez cálida y entonada; de facciones no tan marmóreas y recias que no las alterase el paso de la emoción, ni tan blandas que no se acentuasen con intachable diseño; con cabos de ese negro intenso que al sol adquiere reflejos rojos, Lorenzo era uno de los más acabados modelos de raza que el etnógrafo puede encontrar. Los elementos de su fi-

sonomía eran los que a cada paso se ven en el pueblo de las provincias del sur de España; pero estos elementos, que fácilmente dan por resultado rostros bastos, duros y vulgares, en Lorenzo se combinaban de admirable modo, creando uno de esos hombres que, en el apogeo de la juventud, a los veinticinco años, son como el ideal de la belleza masculina. La cara de Lorenzo, sus aterciopelados ojos árabes, sus labios descoloridos, entre los cuales rebrillaba una dentadura perfecta, su frente lisa, coronada por la densa cabellera que a duras penas conseguía dominar la tijera del peluquero, expresaban el heroísmo, el entusiasmo, la generosidad, las cualidades viriles más nobles y atractivas. En el rostro del hijo de Gurrea Pinós, sobre la hermosura predominaba la poesía del alma. Y cuando aquella faz de tonos románticos, serios, tan semejante a las esculturas que se ven en algunos retablos del siglo XVII, se animaba con la sonrisa, adquiría, sobre todo al dirigir Lorenzo la palabra a las mujeres, una sumisión halagüeña que era una caricia, pudiéndose decir de Lorenzo Gurrea que su mirada se arrodillaba.

Aquella noche, en la representación de *Fedra*, Lorenzo oía, no con la tranquila y golosa curiosidad literaria de Jacinto, ni con la indignación y la tácita protesta de Fermina, sino con ese misterioso estremecimiento interior que producen las obras de arte impregnadas de pasión en las organizaciones juveniles y poco gastadas por la vida, y en las cuales hay almacenado un gran depósito de sensibilidad que no se ha puesto en juego. Las palabras de *Fedra*, dichas con desgarradora o melancólica expresión por la actriz; los suspiros de fuego que su pecho exhalaba; aquella alternativa de arrullos de paloma y rugidos de leona con que declara su mortal delirio a Hipólito, producían evidentemente en Lorenzo uno de esos efectos reflejos, alta muestra del poder de la literatura dramática; efecto en que nos sustituimos al actor, y sintiendo por él y con él, olvidamos nuestra existencia real, y por una hora vivimos en la antigua Grecia, en las regiones adonde quiera el poeta trasladarnos. Lorenzo Gurrea, movido a dolorosa piedad, encontraba a Hipólito muy duro, muy cruel, muy impío con la pobre mujer que tenía la desgracia de idolatrarle y de perder por él la dignidad, el reposo, la salud y la vida; y creía que bien hubiese podido Hipólito, sin ceder a la culpa-

ble incitación de Fedra, tratarla con más dulzura, consolarla, decirle palabras algo tiernas y benignas, secar sus lágrimas, ¿qué sé yo?, hasta aparentar, no amor criminal a la desdichada hija de Minos y Pasifae, pero sí un interés espiritual muy delicado, muy afectuoso, que calmase a la enferma, a la loca, a la víctima de la cólera celeste... Y estos pensamientos, y la patética acción de la actriz encargada del papel de Fedra, y el inevitable reblandecimiento de alma que causan los sollozos y las quejas de la mujer en el hombre —y más cuanto más hombre sea— aumentaban en aquel momento la palidez del rostro de Lorenzo y echaban sobre todo él una sombra de apasionada melancolía, que no se escapó, ciertamente, a la atenta y lúcida mirada de Teodora...

Hubo un instante en que la dama, como contagiada por la visible alteración de Lorenzo, respiró hondo y llevó la mano a su corazón, donde se agolpaba con excesiva violencia la sangre. Casi instantáneamente reaccionó y supo ahogar una impresión de gozo insensato, que tumultuosa y rápida quería asomarse a sus ojos. Hasta aquel momento, Teodora dudaba de si el espíritu de Lorenzo tenía abierta la brecha de la sensibilidad. Ya estaba segura de que sí, y sabía por dónde penetrar en el alcázar de aquel alma varonil, pura todavía, y llena de tesoros y de jardines encantados.

III

A PENAS había logrado Teodora serenarse, cuando la puerta de la *baignoire* se abrió, dando paso al veterano Gurrea Pinós, padre de Lorenzo y futuro suegro de Fermina. Al *ichist!*, suave, pero bien acentuado, de Jacinto, que no quería que le estropeasen la mejor escena del drama, el viejo se resignó a permanecer inmóvil, recostado en el fondo del palco, hasta que el acto se terminase.

Alto, derecho y arrogante a pesar de sus años, el antiguo guerrillero se parecía en las facciones a su hijo, pero era muy distinto no sólo en el color, sino en la expresión de la cara. De tez sanguínea, recio bigote cano y amarillento por el cigarro, y blanca, fuerte y copiosa cabellera, de ojos vivos y mirada directa e interrogadora, el veterano expresaba en su rostro dos condiciones de carácter que en las épocas de su vida militar le habían sido, más que útiles, indispensables: una energía rayana en dureza, y a la vez una gran astucia desconfiada. Preciso era que tales cualidades las ejercitase a cada momento el hombre que en ocasiones necesitó, para salvar su propia piel y la de sus soldados, ordenar sin vacilaciones un fusilamiento, y ni dormir una noche a pierna suelta, ni entregarse descuidado al amigo que le pareciese más leal. Algunos años de esta clase de existencia modifican profundamente un rostro, y desarrollan en un espíritu ciertas propensiones latentes, hasta convertirlas en dominantes. La mirada de Gurrea Pinós había conseguido muchas veces hacer bajar los ojos, demudarse y palidecer a los espías y a los traidores, sacándoles al rostro la señal de su delito, y otras veces había logrado inspirar confianza y ardimiento a los que vacilaban y temían. No acostumbraba el guerrillero, en campaña, hablar

mucho, pero sus ojos suplían a su lengua. Si Lorenzo hubiese alcanzado la edad de tomar un fusil cuando su padre sostenía la guerra en el Alto Aragón, tal vez la semejanza de ambos se acentuaría, por la identidad de impresiones. Pero en aquellos tiempos azarosos Lorenzo era un niño que se criaba en Ricla al lado de su madre, mujer humilde y tímida, de fervorosas creencias, que sólo pensaba en que su hijo aprendiese a rezar y a obedecer al temido padre, a quien apenas veían. Semejante educación, estrecha y mimosa, algo monjil, había depositado en el alma de Lorenzo gérmenes de femenino sensibilidad, y le había hecho retraído y meditabundo en sus primeros años. A su padre le respetaba como se respeta a Dios, mezclándose en tal sentimiento la admiración del niño por el valor indiscutible y heroico del adulto, y la veneración hacia el representante de todas las formas de la autoridad en el hogar doméstico. Muerta la madre, acabado el levantamiento, el emigrado y no convenido Gurrea recogió a su hijo y compartió con él los primeros tiempos de estrechez y de lucha en Francia. No fueron largos ni excesivamente penosos. Merced a un fenómeno de adaptación menos extraño de lo que se cree, y por esa maña que tienen los hombres de acción para aplicarse al comercio, que también es actividad y combate —aptitud que demostraron históricamente ciertos Estados tan sobresalientes en el tráfico como en la guerra, Venecia por ejemplo— Gurrea Pinós supo desempeñar a maravilla el cargo de representante de la casa bilbaína Castellá y Ambletra y algunas otras comisiones del mismo género, que bastaron para asegurarle modesta holgura. Su espíritu esencialmente militar le infundió la puntualidad y el orden; su astucia de guerrillero le enseñó a orientarse en los negocios. El exgeneral fue un admirable agente e hizo prodigios de economía —dejándose atrás su sobriedad celtibérica a la sórdida tacañería francesa— para educar a Lorenzo como él entendía que debía educarle, en uno de esos *Seminarios* donde la nobleza legitimista de Francia encierra a sus hijos hasta los veintidós o los veintitrés años; hasta que terminan la carrera. Dos o tres veces por semana, el veterano de la Guerra civil se acicalaba, vestía el frac, se atusaba la hispida cabellera, se colgaba sus condecoraciones, y sustituía la detestable pitanza del figón, mal llamado *restaurant*,

a que estaba abonado, con la opípara lista de la condesa de Mortemart Nancy, anciana señora tan sorda como católica y benéfica, que tenía mesa puesta para los *blancos* españoles. En aquel palacio de la silenciosa calle de Galande no era Gurrea Pinós el modesto agente de negocios: a boca llena y con respetuoso acento le daban los más calificados representantes de la aristocracia del *faubourg*, no sólo su título de general, sino el de marqués de la Resolución y vizconde de Amposta, mercedes algo quiméricas que le concediera don Carlos por una acción oscura, pero realmente heroica y admirable, ganada cerca de la villa y fortaleza de que eran *castellanes* los Lunas. En las contadas salidas de Lorenzo, exigía la anciana señora que se lo llevasen a almorzar y a comer, y con un desenfado que procedía directamente de la tradición del siglo XVIII, hartábase de pronosticar a aquel *charmant garçon*, a aquel *beau fils*, toda clase de triunfos incruentos y un brillante matrimonio. La misma idea expresaban mudamente los ojos de las linajudas damas y damiselas que de noche se reunían en el palacio, a hacer labor para los pobres, pues no podían sacar hilas —ni ya las sacarían aunque hubiese guerra, dados los adelantos científicos— para los insurrectos. La sorprendente gallardía de Lorenzo hizo latir en secreto el corazón de alguna descendiente de los cruzados.

No entraba en los planes del veterano, entonces, el que su hijo ascendiese por medio del matrimonio. En su fe inquebrantable —pues Gurrea, si traficaba, traficaba como los hebreos, esperando la venida del Mesías— creía que era inminente otra guerra civil, la decisiva, la última, la que había de restablecer el derecho y consolidar la religión; y en ella veía, cabalgando a su lado por las abruptas montañas y las feraces planicies aragonesas, al apuesto mozo, con los dorados cordones de ayudante, que refulgían al sol de la victoria. Pero, ¿qué tendrán los sueños, que aun cuando los acariciemos con vida y alma y les consagremos la flor del pensar, son las realidades las que al fin guían nuestros actos? Gurrea estaba seguro, lo que se dice seguro, de que vendría la guerra, la guerra más terrible de todas, el alzamiento general, la conflagración...!, pero, por si acaso... por si se hacía esperar mucho..., por si Dios quería probar una vez más la paciencia y el sufrimiento de *los buenos* y prolongar el castigo de

España..., no sería malo que Lorenzo encontrase en su camino a la heredera opulentísima, sobrado feliz en aceptarle por esposo, y cuyas riquezas podrían hoy o mañana, ¿quién sabe?, contribuir al triunfo de la *causa santa*...

Mal conocería la psicología especial de hombres como Gurrea Pinós quien creyese que al imponérsele la idea, pensó en las niñas del *faubourg*, por más severa que fuese su educación, por más decantadas y cristianas que fuesen sus costumbres. El españolismo de Gurrea revestía caracteres pasionales, y su odiosidad y prevención contra la mujer francesa rayaba en fanática manía —aunque su instinto de cautela le enseñaba a ocultar esta tirria, que le hubiese obligado a desertar de la única casa donde se le recibía con honor y halago—. El veterano, infatuado e iluso, pensaba en viajes a España, donde Lorenzo encontraría desde el primer instante la millonaria esposa que merecían sus prendas. Y cuando maduraba estos proyectos, ocurrió la muerte del padre y la madre de Jacinto Castellá, la liquidación de la casa y la vuelta de Jacinto con su hermana a París. La nueva razón social Amblera y compañía conservó su confianza a Gurrea —y bien lo merecía por su probidad y su activa labor—; y Jacinto, no empleándole ya como agente, se esmeró en honrarle como amigo, abriéndole su casa y trayéndole a su intimidad de la manera más cortés y afectuosa. La noche que se vieron y hablaron Fermina y el general Gurrea, diríase que eran ellos los destinados a quererse y casarse. Por primera vez, la actitud taciturna de la huérfana se trocó en un júbilo expansivo, y su malhumorado silencio en una viva locuacidad. Pegaron la hebra ella y el cabecilla, con derroche de españolismo, quitándose la palabra para decir cuántas ventajas y cuántas bellezas atesora España, a diferencia de Francia en la cual todo es feo, malo y reprobable. Desde el sol y los vinos de Jerez hasta las pasas, los toros y las iglesias, todo lo característicamente español salió a relucir en aquel diálogo, alternando con los anatemas a la tierra francesa y la condenación más explícita de sus hábitos y del carácter de sus moradores. En la crítica de Fermina y Gurrea, las consecuencias no eran tal vez rigurosamente lógicas, pero obedecían a los dictados del sentimiento. Del clima nublado y lluvioso de París deducían el egoísmo y frialdad de los parisienses, y de la excelencia de los

melones valencianos, el genio franco y simpático de la gente del Mediodía. Gurrea Pinós tenía en este particular su criterio formado e invariable: sólo los españoles eran valientes, sinceros, hidalgos; sólo pasando el Pirineo se encontraban ejemplos de lealtad y de exquisita abnegación. En nuestras iglesias sí que se rezaba, porque no había alfombras, ni sillas, ni caloríferos; las de París eran *teatros*, y Gurrea apoyaba con indignación en la palabra *teatros*; la pronunciaba abofeteando. Fermina se reía y aprobaba. De tan entera conformidad de pareceres resultó que el general declarase que no existía en el mundo criatura más angelical y discreta que Fermina Castellá. «Es un sol, una santa, una verdadera española», dijo, al volver a casa, a Lorenzo, que aún no conocía a la señorita. Al acostarse, Gurrea Pinós empezaba a rumiar la idea; al levantarse, la halló madura; porque en aquella naturaleza firme y activa, la reparación del sueño provocaba, al despertar, la repentina decisión. Y como allí no se necesitaba diplomacia, y de la obediencia del hijo, ino faltaría más!, el padre estaba seguro, la estrategia se redujo a enterarle de que la mujer destinada para él se llamaba Fermina, y de que encontrar tal mujer no era sino un patente beneficio del cielo, recompensa reservada sin duda a los que estaban dispuestos a defender la monarquía y la religión.

Los tres años transcurridos desde su salida del Seminario, no habían pasado en balde para Lorenzo. Aunque sometido a severa disciplina, y habituado a recogerse temprano, a besar la mano a su padre y pedirle la bendición, la atmósfera de París —esa sutil penetración, por todos los poros, del ambiente que respiramos— iba poco a poco señalando en él la doble huella del espíritu moderno, la disipación del ideal colectivo, y la excitabilidad pasional, disposiciones en que se mezclan y confunden las dos concupiscencias del espíritu y de la carne. Reprimida su juventud por la severidad de un padre que fiscalizaba sus menores acciones y le vigilaba como vigilaría a un oficial si le sospechase traidor, el deseo de amar y la fiebre de los sentidos, inevitable a los veinticuatro años, adquirieron en Lorenzo ese carácter de neurosis y de ensueño que suelen presentar en la mujer, obligada a luchar consigo misma y a ocultar la lucha. Incapaz de encenagarse en el vicio, porque le preservaba la pu-

reza de su educación y el ojo avizor del guerrillero también, Lorenzo se encontró indefenso contra la ternura, más peligrosa quizá. Era el guapo mozo un montón de leña seca, pronto a inflamarse con la menor chispa. Las escapatorias que había podido realizar a espaldas de su padre, si le habían iniciado en las realidades de la mala vida, siendo como válvulas de desahogo para su hirviente juventud, no habían satisfecho su alma; antes bien le infundieron la nostalgia de dichas que no fuesen sólo brutales paroxismos, y a la vez una especie de repugnancia al vicio, la sensación de una mancha persistente en las manos y en el rostro; sensación que agravaba en aquel español de raza neta lo que en él sobrevivía incólume de sus creencias de adolescente y de las reprobaciones enérgicas del confesionario. Así es que la alegría de poder acercarse a una mujer, a una mujer joven y agradable como Fermina, y de poder abrirla los brazos sin vergüenza y sin remordimiento, hizo que Lorenzo se creyese en los primeros instantes hasta enamorado. Contribuyó a ello lo que puso de su parte Fermina, aturdida de felicidad, exaltada desde que vio a Lorenzo. En cualquier circunstancia, la presencia de Lorenzo no podía dejar indiferente a una muchacha casadera, que ha cumplido veintitrés y no tiene vocación de monja; pero debía sentir Fermina con mayor intensidad los efectos de tal encuentro, cuando traída a París contra su gusto, rodeada de una atmósfera para ella desagradable, la sorprendió la aparición de un español tan amable y digno. No pensó ni un minuto en la diferencia de fortuna, y hay que hacerle a Jacinto Castellá la justicia de que tampoco vio en eso obstáculos a la unión de su hermana con Lorenzo Gurrea. Desde que Fermina encontró a Lorenzo, revivió de tal suerte, que, disipados sus escrúpulos, ya no se acordó del luto, y consintió ir a todas partes donde pudiese encontrar a su novio y secretear con él. La petición en matrimonio se formalizó presto, pero se convino en que no se realizase la boda hasta que Fermina aliviase el luto, al año y medio de la muerte de su madre. Después los novios se irían a vivir a Bilbao. Lorenzo, con el capital de Fermina, podría asociarse a la casa Amblera, y consagrarse a la familia y al trabajo «mientras no te llame el rey», advertía su padre severamente, alzando el dedo índice.

IV

DE este idilio había sido testigo constante, pero no impasible, Teodora de Montcal. Cuando conoció por primera vez a Lorenzo, éste llevaba ya intención de presentarse como aspirante a la mano de Fermina. Es preciso, para comprender la importancia del encuentro de Teodora con Lorenzo Gurrea, darse cuenta de la verdadera situación moral de la esposa de Jacinto Castellá.

Nada menos análogo a una mujer galante que Teodora. El fondo pagano de su alma y la fuerza pasional latente en ella, eran de una intensidad trágica, y excluían completamente la ligereza y el fácil coqueteo, arma que tan bien manejan las francesas de empobrecida sangre, y solaz y derivativo de su tedio y de sus nervios caprichosos. Ese juego a flor de imaginación le inspiraba a Teodora el mismo desdén que inspiran a los nadadores capaces de arrostrar el ímpetu del océano, las travesuras de los niños en la playa o las proezas de los que se bañan con vejigas y cogidos del bañero para que no los tumbe la ola. En aquella mujer de tan ardorosa vida y tan brioso espíritu no cabían simulacros.

Si se supiese algunas veces en qué estriban la virtud y la buena fama, quizás se las encomiaría menos, o se comprendería que antes de ensalzar ningún acto humano hay que estudiar sus orígenes y sus secretos resortes. Teodora, jamás prendada de Jacinto Castellá, meramente persuadida de que era un marido a propósito para colocarla en el puesto social que la correspondía, había sido fiel a sus promesas, y ninguno de los muchos admiradores de su belleza y su ingenio y de las mil seducciones que la incluían en el número de las mujeres de moda en París, po-

día alabarse de haber conseguido sino lo que se consigue de toda señora de buen trato: una sonrisa, algunas palabras afables. La libertad que Jacinto otorgaba a su mujer permitió a ésta formarse un pequeño núcleo de amigos selectos e inteligentes, que acudían a su saloncito a tomar el té los miércoles por la tarde, y que todos, cada uno a su manera, podían estar platónicamente entusiasmados con la señora de Castellá, pero entre los cuales hubiese sido muy censurado el fatuo que asediase a Teodora con pretensiones ridículas y aparentes, teniendo el mal gusto de comprometerla —cosa por otra parte difícil con mujer tan prudente y de tan probada discreción—. Dos o tres intencionadas de galancetes de la colonia española o de *clubmen* del «alta goma» parisiense, encontraron en la dama inmediato y serio correctivo, lo cual robusteció en la tertulia de los miércoles la convicción de que Teodora era una mujer intachable y Jacinto un hombre feliz.

Componíase aquel senado de gente de distinción y aficionada al arte, sobre todo a las antiguallas curiosas; y esta clase de gustos daba pie para correrías y excursiones interesantes por los rincones de la gran capital, desde las visitas a los talleres de escultores y pintores y los apetecidos *barnizajes* de las Exposiciones primaverales, hasta las interminables sesiones en las tiendas y trastiendas de anticuarios y chamarileros. Los amigos de Teodora —el general Herbay, el portugués conde de Vedras–Novas, el diplomático chileno don Cármenes Valenzuela y Castillo— eran gente ya entrecana, galante aún, pero propensa a decir bien de la mujer entendida, hermosa y adulada que no les infligía el espectáculo, siempre mortificante para la vanidad masculina (mucho más excitable que la femenina) de preferencias a ningún hombre joven y peligroso. Cada uno de aquellos gallos con espolones tenía su manía peculiar: Herbay las tallas en madera y las porcelanas, Vedras–Novas los grabados antes de la letra y las medallas, Valenzuela los esmaltes y los códices miniatados; y era para ellos un recreo delicioso poder enseñar sus hallazgos y hacer admirar por vigésima vez sus colecciones a la encantadora dama, y oír de su boca la oportuna frase de aprobación y la amable chanza, que es un halago amistoso. Del núcleo de los miércoles salía esa primer aura de conversación que,

propagándose por círculos concéntricos, va formando la reputación de una mujer, aun en las grandes capitales. Como en las cuestiones de sentimiento todo dato tiene su importancia, no fue indiferente para el desarrollo del drama que he de referir esta aureola de respeto que a Teodora rodeaba, porque la gran juventud de Lorenzo, que hacía que aún preponderase en él, sobre el elemento de la adquisición experimental, el del sentido de su educación estrecha, bastaría para que viese de muy distinto modo a Teodora si ésta registrase en su historia alguna de esas aventuras ruidosas que son estigma imborrable para la mujer. Teodora poseía la fuerza que presta la nitidez del pasado, la fama intacta y limpia, y a la vez el poderoso atractivo de un rostro que revela que este triunfo no es hijo de la frialdad, sino corona de una lucha perseverante con un alma de fuego.

Nadie puede calcular si cosas que hacemos con intención de producir cierto resultado producirán otro opuesto diametralmente. Había entrado Lorenzo Gurrea en el hogar de Jacinto sabiendo que iba a pretender la mano y ganar el corazón de Fermina; y entre las instrucciones previas de su padre, figuraba en primer término una descripción del carácter de las tres personas que componían la familia Castellá. Después del panegírico de Fermina, dijo el general primos de Jacinto, calificándole de cumplido caballero, de generoso y formal, aunque «algo frío» en religión y en política. Pero al llegar a Teodora, Gurrea Pínos, con una expresión repentina de suspicacia y dureza, pronunció esta frase: «Mucho cuidado... Ahí pies de plomo... Lo que es a mí la doña Teodora no me engaña.» Y como Lorenzo, sorprendido, pidiese a su padre explicaciones más completas, el veterano, al parecer arrepentido de las palabras anteriores, se perdió en un laberinto de frases ambiguas. Sin embargo, la semilla quedaba echada, y a Lorenzo se le apareció Teodora, desde antes de conocerla y tratarla, enigmática y dudosa, solicitando la curiosidad e irritándola. Por la advertencia de su padre, Lorenzo se fijó en Teodora más, y sospechó una injusticia, de esas que sublevan a las almas juveniles y nobles. No habiendo oído nunca tildar a Teodora; deslumbrado a primera vista por su belleza y su gracia, Lorenzo, recordando la insinuación del veterano, empezó, sin querer, a dudar de la infalibilidad y has-

ta de la equidad y la sinceridad paternas. Por varios días sintió vago enojo contra su padre, que calificaba así a una mujer tan digna.

Y, en efecto, a Gurrea Pinós le sería imposible aducir algo en qué fundar sus acerbas expresiones. Ningún dato, ningún hecho las confirmaría. La prevención del veterano contra Teodora era de esas que se revelan instantáneamente, con el vigor impulsivo de los instintos animales. Esta clase de impresiones, que van amortiguándose y llegan a desaparecer en los hombres de cerebro muy cultivado, son en cambio decisivas en los que, como Gurrea, atravesaron un largo período de la vida sin poder dar nada al cálculo y al discurso, y tienen que proceder guiándose por una especie de intuición casi física. La existencia del guerrillero trae consigo azares que imponen la desconfianza súbita y la confianza ciega, sin vacilaciones que serían fatales; y Gurrea Pinós se había decidido sobradas veces en el espacio de un segundo a acciones de suma transcendencia, para no poseer ese infalible olfato con que la fiera de los bosques ventea a su enemigo natural. Aunque las energías creadas en Teodora por la libertad de sus primeros años al borde del mar y en el seno de la naturaleza la predisponían a esta misma clase de perspicacia, su actual refinamiento, duplicado por la cultura artística adquirida al lado de su marido, la impidió estar en guardia, en los primeros tiempos, contra aquel hombre que resueltamente la odiaba. Y aquí prosigue la serie de las pequeñeces que de pronto desprestigian una autoridad y anulan su influjo en un alma candorosa y hasta entonces sumisa. Es el caso que el guerrillero, a la vez que la decisión súbita y feliz, había tenido que practicar en sus difíciles tiempos de emboscadas y peligros un exagerado disimulo, una cautela extremada hasta la comedia y el engaño. Temeroso de que su antipatía hacia Teodora se descubriese y ocasionase algún entorpecimiento en los proyectos matrimoniales que con tal fruición acariciaba, Gurrea Pinós adoptó frente a la mujer de Jacinto Castellá una actitud de caballeresca galantería y de cordialidad brusca y obsequiosa, que pareció a Lorenzo, después de lo que había oído, rasgo de hipocresía detestable. Cuando toda una educación se funda en la veneración que inspira una persona y en la aquiescencia constante a

sus opiniones, y no en principios que acepta por raciocinio el educando, no puede desconceptuarse el maestro sin que se conmuevan todos los principios que su autoridad impuso. Así le sucedió a Lorenzo con su padre. El instinto de rectitud y la inexperiencia del mozo se unieron para juzgar muy severamente al general, y para que, en cambio, la esposa de Castellá adquiriese la aureola de la mujer injustamente acusada por quien no tiene ni el valor de atacarla frente a frente.

Sin embargo, aquella Teodora en cuya conducta nadie, ni su más jurado enemigo, podía poner la tacha más leve, había pasado ya cinco o seis años —casi tantos como contaba de fecha su matrimonio— acostándose y levantándose cada día con la firme convicción de que esperaba al hombre de su destino, que la revelaría lo desconocido y lo infinito del sentimiento. La superficial psicología aceptada por la literatura nos presenta a la mujer, antes de la falta, entregada a vacilaciones y penetrada de horror al presentir y temer la caída. En la realidad sucede muchas veces lo contrario: la caída *interna* puede ser consciente, y se dan bastantes casos de que no la siga la caída *externa*. Si en toda mujer hay pudores y delicadezas que persisten a despecho de los mayores extravíos, estos pudores no siempre impiden que en el cerebro se dibujen claramente, no las imágenes groseras y materiales del amor, pero sí todo su desarrollo fatal, de creciente interés, como los buenos dramas. En una palabra, Teodora no sufría las angustias de la lucha consigo misma al representarse lo que sucedería así que apareciese el que *tenía que aparecer*. Pertenecía Teodora al número siempre escaso, y cada día más en nuestras sociedades —donde los caracteres se mitigan y borran sin cesar— de los seres que se aceptan enteros a sí mismos, que no discuten sus propensiones, y que traen a la vida la exigencia de cobrar una suma de felicidad a la cual se creen con derecho. La índole de Teodora era de mujer del Renacimiento, voluntariosa, perseverante y varonil, con más fibra que nervios, y con nervios bien templados para la dicha. Si no cedió jamás a la intensa sed de amor que sentía, era porque, llena del escrúpulo de una naturaleza esencialmente estética —del Renacimiento en eso también— había encontrado hasta entonces groseras y mal labradas las copas que encerraban el divino bebe-

dizo. No porque algunos de los que la asediaron no fuesen hombres de prendas y aristocrático atildamiento, sino porque Teodora no se contentaba con tan poco, y aspiraba a recibir, amén de la impresión estética de los sentidos, la del alma, inspirando un sentimiento supremo, que en violencia y en soberana rebeldía se asemejase a lo que ella misma era capaz de sentir y ofrecer. Los *clubmen* y los gomosos no tenían para Teodora musculatura moral suficiente. Una historia clandestina y vergonzante, una píldora de libertinaje secreto, más o menos dorada... eso sería todo lo que prometiese una aventura con Max de Keradec o con Armando de Richeplanes. Su instinto de artista hasta en la pasión decía a Teodora que sólo un hombre que llevase en las venas sangre de una raza como la española, en la cual todavía no se ha divorciado el elemento sentimental del sensual, una raza en que todavía hay fe, abnegación y locura, podía encarnar el soñado tipo. Y para éste reservaba Teodora el don de las hadas.

Fuerza es convenir en que estos cálculos hechos de antemano, estos laboriosos edificios y, estos planes y combinaciones, suelen echarlos por tierra los movimientos espontáneos del corazón, en una de esas inesperadas horas en que un alma acepta el yugo. Tal le hubiese acontecido quizás a Teodora cuando conoció a Lorenzo, aunque Lorenzo no realizase, por casualidad extraña, el tipo moral viviente en la imaginación de Teodora. Otra mujer menos tenaz, menos segura de su poder, menos resuelta a crear su porvenir que Teodora, caería en el desaliento cuando, al tropezar con Lorenzo, le conoció como pretendiente declarado desde el primer día a la mano de Fermina Castellá. En Teodora, por el contrario, la impresión deliciosa y profunda de la vista de Lorenzo se acrecentó con el viril y acre presentimiento de la lucha que habría que sostener y de las vallas que habría que saltar. Que Lorenzo, extraño a la familia Castellá, amase a la mujer de Jacinto, podía ser un capricho, un arrebató de la juventud; pero que Lorenzo, concertada su boda, casi marido de Fermina, abandonase a la novia por la esposa del hermano... ¡eso sí que ya merecía arrostrar las terribles contingencias de la infracción del orden moral y de la bofetada al mundo entero!

Consecuente en su sistema, dominando el ímpetu de su perversa voluntad, Teodora, con la diplomacia del que aspira a un fin ansiadísimo y con el tacto de la mujer que pone su inteligencia al servicio de su deseo, en vez de exhibir ante Lorenzo una coquetería que le hubiese alarmado y repugnado, adoptó actitud tan delicada, tan correcta, tan decente, que era imposible que de dama que así aparecía se pensase sino bien. La gradación de su conducta no fue menos hábil. Al principio se mostró alegre, franca, chancera, fraternal casi con Lorenzo. Después, como si los sentimientos al pronto indefinibles se le hubiesen revelado lentamente, empezó a mostrarse reservada, melancólica, absorta a veces, grave, y hasta desigual de humor. Como la llama que se activaba y la consumía, y los inevitables celos que sentía al ver a Fermina y Lorenzo mano a mano, palidecían sus hermosas mejillas y cercaban de suave oscuridad sus brillantes ojos, no fue difícil que Lorenzo notase estos síntomas y preguntase la causa con interés. Contrastaban demasiado con la visible y aturdida alegría de Fermina, para que no obligasen al joven a establecer involuntariamente esa comparación que es el primer síntoma de la predilección pasional. Casi siempre que se empieza a amar, se empieza también a detestar en otros cualidades opuestas a las del objeto querido. Los colores vivos y la jovialidad fastidiosa de Fermina llegaron a causar tedio a Lorenzo, sin que adivinase que el verdadero origen de su tedio era que contrastaban con la languidez, con la pensativa actitud de Teodora.

La labor de ésta, en los once meses que ya duraba el noviazgo, había sido de arte, pero de un arte maravilloso. Se propuso que no transcurriese un día sin que Lorenzo recibiese de ella algún chispazo, algún ligero roce moral, que se grabase en su memoria, en su alma o en sus sentidos. Ya era una actitud estudiada y expresiva, ya una frase, ya una confidencia amistosa a media voz, ya el dejar ver, con tal sencillez que parecía descuido, bellezas de esas que el tocado generalmente encubre, como los redondos brazos o la rica mata de pelo suelta. Con Lorenzo fue tanto más eficaz este sistema, cuanto que, al contrario de Teodora, la idea de que entre Teodora y él pudiese existir algo más que amistad ni se le pasaba por las mientes. Sin

desconfianza se dejaba envolver y penetrar insensiblemente por aquella mujer de suyo fascinadora, y más cuando se lo proponía. Libre de todo recelo porque llevaba el rótulo de novio de Fermina, y porque Teodora iba a ser su hermana casi, no recibía mirarla con pueril complacencia, detallar sus perfecciones, recontar sus encantos y hasta sentir las penas ocultas que delataba su abatido rostro.

Teodora notó que ya estaba bien preparado Lorenzo para poder arriesgar una experiencia definitiva. Si lo dudase, se habría convencido al observarle durante la representación de *Fedra*. No tenía Lorenzo las entrañas de roble del duro hijo de la amazona, de aquel Hipólito que sólo ve en la mísera Fedra un objeto de horror. Y al notar cómo la pasión transformaba el semblante y humedecía los ojos de Lorenzo, sintió Teodora la alegría insensata del jugador que acierta con el número...

En el mismo instante en que Teodora veía abierta la brecha para entrar en el corazón de Lorenzo, aparecía en el palco el veterano. Su presencia fue para Teodora la vuelta a la realidad. De una ojeada conoció las inmensas dificultades que ofrecía su empresa. Lo de menos sería el maniático de arte que se llamaba Jacinto y la criatura poco complicada y vulgar que era novia de Lorenzo. Pero aquel viejo terrible, con su ojeada de ave de rapiña que escruta el horizonte, con su cráneo duro y sus velludas manos; aquel veterano que no conocía ni el miedo ni las transacciones con el deber, y que leía en el alma al través del velo engañoso de la carne... era el verdadero enemigo con quien había de luchar Teodora. ¡Y qué: lucharía! Los adversarios cruzaron una mirada relampagueante, y el general no frunció el entrecejo, porque disimulaba ya: al contrario, sonrió y tendió la diestra a la dama, en silencio, por no molestar a Jacinto.

C AÍA el telón sobre la catástrofe de la tragedia y los espectadores se aglomeraban en los pasillos recogiendo abrigos y sombreros, cuando Teodora, cogiendo con naturalidad el brazo de Lorenzo, salió delante, siguiéndola Fermina, que se apoyaba en el del general.

Mucho se ha hablado del peligro de verse a solas; pero es más arriesgado todavía, cuando se inician ciertos desórdenes en el alma, el encontrarse aislados en medio de una multitud indiferente. Lorenzo, al romper entre el gentío, notaba contra su brazo un eco débil, pero perceptible, del impetuoso latir del corazón de Teodora, y el ligero temblor del cuerpo que sostenía se comunicaba al suyo. Su mutismo daba indicios claros de que el observar todo esto le causaba honda preocupación. No era la primera vez que habían reinado entre Teodora y el novio de Fermina esos silencios tormentosos, cargados de electricidad, que presagian la tormenta. Sin embargo, Lorenzo, descuidado aún, con la conciencia tranquila a pesar de la involuntaria vibración de sus nervios, no se daba cuenta sino de dos cosas bien inocentes y naturales: que Teodora estaba muy triste y que a él la tristeza de Teodora le inspiraba profunda compasión, mezclándose en el sentimiento extraño y enervante que sufría las recientes impresiones de la tragedia de Racine y las ya familiares del trato con Teodora.

Mientras los dos callaban, protegidos por el hervidero de la gente apresurada y distraída, Gurrea Pinós no se tomaba ni el trabajo de mirarlos. Al veterano no le tocaba el papel de observador, porque no necesitaba observar quien adivina. Sin poder alegar razones ni pruebas que evidenciasen el delito, Gurrea ha-

bía llegado a tenerlo por seguro en el pensamiento de los culpables. Y este convencimiento, que se impuso al viejo súbitamente, era tan cruel, que consiguió un instante doblegar su probada fortaleza; olvidose de que llevaba a Fermina del brazo, y clavó la quijada en el pecho, tan cejjunto y sombrío, que la muchacha se alarmó, y dijo cariñosamente, dando al veterano un nombre que él solía reclamar en broma:

—¿Qué hay, papá? ¿Tiene usted algo? Se ha puesto usted... así... muy arrebatado, de pronto.

—No es nada, hija querida... —contestó él rehaciéndose—. Es que estos malditos teatros son un envenenadero. No se respira aquí sino miasmas. Además, esa tragedia me ha dado asco.

—A mí lo mismo —asintió Fermina—. No debían representarse tales cosas. ¡Y Jacinto empeñado en que es preciosa y en que no lo entendemos!

—Respeto muchísimo —repuso Gurrea con ironía mal encubierta— la opinión de mi amigo el señor don Jacinto, que es un sabio, mientras yo sólo soy un soldado y no tengo más libros de estudio que el Catecismo y la Ordenanza: pero, hija mía, no hay quien me convenza de que quepa hermosura ninguna en sacar a la escena pecados tan horribles. Y seré un ignorante, lo seré; pero me complace que te hayan ruborizado las maldades de la bribona de Fedra. Una mujer de bien, ¿cómo va a resistir sin abochornarse tales inmundicias?

—¡Que les oigo a ustedes! —dijo festivamente Jacinto, ocupado en abrirse paso y en acabar de enrollar al cuello un pañuelo de seda blanca, preservativo contra los catarros bronquiales a que era propenso—. ¡Que les oigo, y que les azoto por blasfemos! Esa tragedia de que ustedes se asustan se representaba ante las damas y caballeros de la corte de Luis XIV. Me parece...

—Valientes bellacos y bellacas serían —afirmó Gurrea.

—Hipólito sí que me es simpático —añadió Fermina, contestando a la vez a su hermano y al general.

—Hipólitos hay pocos, cuando encuentran con tunantas —pronunció duramente Gurrea, que hablaba consigo mismo.

—Y ¿dónde se han metido Lorenzo y Teodora? —preguntó ansiosamente Fermina, que ya no veía a su novio.

—En el pórtico esperarán —indicó Jacinto.

—Démonos prisa —exclamó el general, arrastrando con fuerza a su futura hija política, sin hacer caso de las miradas y cuchicheos que la conversación en español causaba entre la apiñada concurrencia.

Por más prisa que se dieron, habrían pasado diez minutos cuando lograron reunirse al pie de la escalinata con Teodora y Lorenzo, cogidos aún del brazo. El rostro de Teodora despedía una especie de resplandor, que pareció insolente y elocuentísimo al viejo. «Ya ha caído mi desdichado hijo» pensó, sin poder explicarse de otra manera el brillo de los magníficos ojos de la Montcal. El caso es que si una persona menos ejercitada en la sospecha y el presentimiento que Gurrea hubiese escuchado el corto diálogo de Teodora y Lorenzo, encontraría que era la cosa más sencilla e insignificante del mundo.

—¿Acostumbra usted madrugar? —había dicho de pronto la señora.

—Tanto como acostumar... no; pero madrugo algunas veces. Por gusto de mi padre me levantaría con el sol —respondió Lorenzo sin comprender, pero ya prevenido.

—¿Le asusta a usted la idea de... levantarse mañana a las siete, y... recogerme en mi casa... a las ocho y media?

—¡Asustarme! —murmuró el mozo, que a pesar suyo se turbó algún tanto—. ¡Asustarme, Teodora! Disponga de mí.

—Es que quiero comprar unas sorpresas a Fermina... y que no se entere... y que usted... que usted... dé su opinión... Son regalos...

—Perfectamente —murmuró Lorenzo, a quien tan verosímil explicación desconcertó algo, sin saber por qué.

—¡Mucho sigilo! —añadió Teodora gravemente—. ¡Que *nadie* lo sepa! Es condición precisa. —Y al subrayar el *nadie* con cierto énfasis imperioso, Lorenzo sintió que a su padre se refería el encargo, y en vehemente efusión respondió bajo, casi al oído de Teodora:

—Haré lo que usted quiera, todo lo que usted mande, y mañana, y siempre.

Teodora experimentó por segunda vez una alegría mortal. Nada grave significaban tomadas al pie de la letra las palabras de Lorenzo; en otros labios y sin antecedentes serían una vul-

garidad cortés: pero el tono de voz y la visible alteración del que las pronunciaba, les daban recóndito sentido. Y el mismo Lorenzo, al acabar de decirlas, sintió algo de sorpresa, porque le parecía que quien se expresaba con tal calor por su boca era otra persona, un Lorenzo nuevo y desconocido.

—¡Qué hermosa es *Fedra*! —articuló Teodora así que pudo respirar, desviándose con maña de la conversación anterior.

—Demasiado hermosa. Hace daño, —contestó Lorenzo—. Yo no la conocía. A mi padre no le gusta que vaya mucho al teatro, y sobre todo a los teatros serios. ¿No parece imposible? Mi padre prefiere las bufonadas: en el *Vaudeville* y en el *Palais Royal* goza como un chiquillo y se ríe a carcajadas de las estupideces y las barbaridades. Y yo, entretanto, me duermo.

Hizo Teodora un movimiento imperceptible de desdén. Su perspicacia, redoblada por la viva tensión de todas sus facultades en una hora que consideraba decisiva, la decía que el enemigo era el general, y que ayudando a destruir su prestigio, aniquilaba su poder. Sonrió, y articuló como si hablase consigo misma:

—Es natural que no entienda a *Fedra*, y que le encanten Lulú Albine y Charles Rigolo.

Y sus ojos encontraron los ojos de Lorenzo, y se detuvieron allí algunos segundos. Lorenzo no los bajó, y pronunció quedamente, con afán:

—¿Mañana... a las ocho y media?

Hizo la dama ligera señal de asentimiento. Casi al mismo instante se reunió al grupo el otro compuesto de Fermina, el general y Jacinto; y un lacayillo, ladeando el lustroso sombrero de enhiesta cucarda, avisó con respetuoso *Madame* de que el coche esperaba allí, a dos pasos, a la salida.

Era la noche de las frescas de primavera en París, que convidan a velar, a andar y a beber aire. Algo más que aire deseaba beber Jacinto, pues a semejante hora una bavaresa de espuma de chocolate y una *brioche* desmigajada en ella le confortaban singularmente el débil estómago. Se convino en que bajarían a pie por el bulevar, y el coche les aguardaría a la puerta de un café muy de moda, donde refrescarían todos. A las doce o doce y media de la noche, los principales bulevares, sin perder enteramente su animación, empiezan a verse libres del denso gentío que

de día obstruye esa pletórica arteria parisiense. Los parroquianos de cafés y *restaurants* se instalan en mesas colocadas en la acera, y las cortesanas de oficio, solas en su velador, arreboladas, peripuestas, en estudiada actitud, esgrimiendo el pie, tratan de cazar al paso a cualquier incauto pajarillo. Si una señora acompañada por caballeros se sienta cerca de alguna de estas buenas alhajas, iguarda la ojeada insolente y la risita mofadora! Por evitar vecindades semejantes, Jacinto escogía siempre una mesa dentro del café, en una esquina, donde le servían volando, porque sus generosas propinas eran comentadas entre los mozos, que sabían por experiencia que la gente en París no derrocha ni quince céntimos por el gusto de derrocharlos.

Teodora pidió un sorbete y se sentó, afectando dejar a los novios juntos. No deseaba otra cosa Fermina, siempre codiciosa de palique; pero Lorenzo, menos dueño de sí mismo que la esposa de Castellá, conmovido aún por las palabras que se habían cruzado entre los dos, e imprevisor por lo mismo que su intención no era aún deliberadamente culpable, no pudo menos de apartar la mirada del rostro de Fermina y recrearla en el de Teodora, que serena e impasible saboreaba a cucharaditas el sorbete. Aunque el general era en aquel instante víctima de Jacinto —que le explicaba la leyenda mitológica de *Fedra*, los precedentes de la obra de Racine en Séneca y en Eurípides y las intriguillas de madame Deshoulières y el duque de Nevers para conseguir echar abajo a la *Fedra* del gran poeta y ensalzar la de su émulo Pradon— no se le escapó la mirada de su hijo, ni le engañó la calma de Teodora. Tan sobre aviso estaba, que presintió lo que iba a suceder: que extinguida la conversación entre los novios, Fermina se pondría encapotada y ceñuda, como siempre que ocurría esto —y ocurría de algún tiempo acá con frecuencia, por involuntario cansancio del joven, que no sabía qué decir a su futura—. Lorenzo, después de pedir otro sorbete como el que estaba tomando la señora de Castellá, se situó casi de espaldas a Fermina, tan inadvertidamente que el veterano le hizo una expresiva seña. «Los hombres tienen espalda» advirtió la misma Teodora, sonriendo a su propio rasgo de habilidad; y Lorenzo, algo confuso, hubo de volverse, dando una excusa que era casi un agravio:

—¡Ay!... ¡Perdón!... ¡Estaba distraído!

Fermina calló, pero un mohín violento contrajo su boca, y sus ojos se nublaron; y el general, paladeando el primer sorbo de la copa de aguardiente de Riga que había pedido —por no haber allí Ojén, ni noticia de él siquiera—, reflexionó un minuto; y de repente, volviéndose hacia Jacinto, soltó este cañonazo:

—Amigo señor de Castellá, siento el disgusto que voy a dar a mis hijos queridos, a los dos tórtolos, pero... ya no lo callo más, porque se acerca el término, y no hago nada con tapujos.

—¿Qué es ello, querido general?

—¡Si me parece que ya le hablé a usted del negocio! ¿A que salimos con que no se acuerda? Se trata del viajecillo que tenemos que hacer Lorenzo y yo a España... Una correría de tres o cuatro meses... Pero que no se asuste Fermina: volveremos al tiempo señalado para la boda. ¡No faltaba más! La víspera de la ceremonia, aquí estamos más fijos que el sol.

Si el general contaba con el efecto de este golpe que se le había ocurrido mientras bajaban el bulevar a pie, y que acababa de decidir sorbiendo el aguardiente, no se equivocó respecto a Lorenzo, pero hubo de sufrir una decepción por lo que a Teodora respecta. Mientras la hermosa y morena faz de su hijo se demudaba de asombro, la de Teodora no se alteró poco ni mucho, ni se borró de sus labios la sonrisa, ni tembló la mano con que sostenía la cucharita llena de *parfait*. Diríase que tomaba del sorbete ejemplo de fresca.

—No sabíamos nada de esos planes —gritó Jacinto—. Nunca me habló usted de ellos. Y me parecen una atrocidad. ¡Separar ahora a los novios! Usted se ha olvidado de sus veinte, querido Gurrea.

—Amigo mío, ante el interés y la necesidad... Como el viaje tengo yo que hacerlo, en cierto modo, de incógnito, no lo he trompeteado por ahí... Pero al tomar estado Lorenzo, es preciso revisar papeles, arreglar asuntos, hablar con parientes y amigos de allá, cortar cuestiones pendientes, tocar ciertas teclas... El viaje es indispensable.

—Que vaya usted, bueno —exclamó Fermina recobrando la palabra y con la inconsciencia egoísta del amor—. Pero Lorenzo, ¿qué necesidad tiene de ir?

—No puedo prescindir de él, hija mía, porque lo más embrolladito es precisamente la herencia maternal de Lorenzo, y tiene que firmar, que hacerse cargo... Las señoras no entienden de esas incumbencias, que son cuenta nuestra solamente.

Teodora, que a la sazón abrochaba sus guantes y se pasaba el pañuelo por los labios, tuvo un quite maestro:

—¡Cómo les envidio, general! Lo que sentimos Jacinto y yo es no poder dar también nuestra vueltecita por España. Hacen ustedes muy bien, aunque la pobre Fermina se aburra un poco... Quedamos aquí para distraerla. ¿Verdad, monina mía?

La hermana de Jacinto se echó atrás, rehuyendo una demostración cariñosa de su cuñada.

VI

SI cuando el guerrillero se recogió a su casa aquella noche hubiese tenido a su disposición, como antaño, hombres y armas, no le arriendo la ganancia a lo que se le pusiese por delante en ocasión tal, fuese cosa o persona, los muros de una ciudad o el frente de una división. La ira le congestionaba hasta causarle vértigos, síntoma alarmante en un viejo tan sanguíneo que todos los años tenía que tomar, en primavera, bebidas refrescantes y dosis de aconitina más o menos graduadas. Había-le encargado mucho el médico que evitase airarse, pero en aquel caso sólo no se airaría un santo de piedra. ¡Su hijo; su obra; la criatura humana por quien se había impuesto trabajos y sacrificios, el ser de quien se creía obligado a responder ante Dios, la prolongación de sí mismo, su orgullo y su recompensa... cogido en las redes del demonio, sepultado en el abismo de la perdición, marrando a la vez su bienestar y dicha en este mundo y su salvación en el otro!

En todo padre hay un calculador interesado, feroz casi. Los padres que no creen en la vida futura, calculan de tejas abajo. Los que creen, llevan sus cálculos hasta la misma región de la justicia inmanente y eterna. El general Gurrea Pinós, que a su manera adoraba en Lorenzo, tenía sus cuentas sobrado bien echadas para que no le enfureciese el comprender que una circunstancia imprevista, un miserable obstáculo —el brillo de unos ojos, el sonido de una voz femenil— los desbarataba. Ni eran sólo sus combinaciones para la felicidad presente y futura de Lorenzo lo que había deshecho de un capirotazo el blanco dedo de Teodora: era también aquella autoridad omnímoda y jamás discutida del padre sobre el hijo, forma de la mo-

narquía absoluta en el hogar doméstico; porque el general *sentía* que si Lorenzo no le negaba acatamiento aún, en su alma se había roto ya el freno misterioso de la disciplina moral, recobrando sus derechos la voluntad propia y la inclinación incontrastable.

No era Gurrea Pinós de los que confieren a nadie sus planes y pensamientos, ni necesitaba consejos quien tantas veces había tenido que contar solamente consigo mismo; pero se hubiese visto en apurado trance si, caso de elegir confidente, éste le preguntase en qué fundaba tales desconfianzas y temores. ¿Qué había hecho Lorenzo? Punto menos que nada. Mirar a Teodora, cosa natural porque Teodora atraía los ojos; algo de tibieza en cortejar a Fermina; cierta abstracción, cierta melancolía... Para Gurrea Pinós era bastante. Sabía, por la experiencia del pasado, que los sentimientos dormitan largo tiempo, y un día se despiertan furiosos. Recordaba que, en la Guerra civil, dos oficiales que jamás habían reñido, pero que se profesaban secreta envidia y antipatía sorda, salieron a una expedición juntos, y el uno aprovechó un descuido del otro, lo interpretó como traición, y a la media hora, arrimando a su émulo a una pared, le pegó cuatro tiros. Lorenzo estaba en peligro, en peligro inminente... y a su padre tocaba salvarle.

Así discurría Gurrea, mientras la sangre, agolpándose a sus sienes, le encendía el rostro con tonos bermejos. Estaba, sin embargo, satisfecho de la idea del viaje a España, que le parecía genial. Con tal viaje salía Lorenzo de la esfera de acción de Teodora; recobraba el padre su dominio sobre el hijo; volvía a imponerle el yugo, y al regreso le llevaba al altar derechito, no soltándole hasta empaquetarle en el camino de hierro, con su mujer, facturados ambos para España. Eso haría, y a ver quién osaba contrarrestar su voluntad y oponerse a su resolución, porque al que tal intentase, le arrollaría sin compasión y sin reparo. ¡Si Jacinto Castellá era un pelele, ya vería Teodora cómo las gastaba el caudillo de Amposta y de Torrellas!

Era hombre Gurrea para cumplir al pie de la letra este programa. No decaería seguramente su voluntad. Sin embargo, tenía su combinación una base errónea. La acción resuelve victoriosamente los conflictos del orden material, y es de admirables resultados en la guerra; pero en la esfera del sentimiento no bas-

ta la acción para triunfar. Las almas se dominan por el convencimiento; la violencia no las vence. Y se equivocaba Gurrea al suponer que la obediencia pasiva de Lorenzo, aquel modelo de hijos, no podía quebrantarse cuando se debilitase el prestigio paternal. Era también en daño de Gurrea no poder ejecutar sin dilación alguna su plan de viaje. Un agente de negocios no deja de sopetón y sin previo aviso sus asuntos. Ocho días calculó que le hacían falta —y eso desplegando suma actividad— para preparar la salida. Gurrea Pinós era probo hasta la exageración y la nimiedad. De ningún modo quería marcharse con apariencias de fuga. Lo que se juró a sí mismo fue no perder de vista a Lorenzo en los días que faltaban para retirarle del borde del precipicio con fuerte mano.

¡Por sagaz que fuese el general, no podía adivinar que su hijo tenía cita con Teodora a las ocho de la mañana del día siguiente! Había tropezado el viejo con una adversaria terrible y el modo de dar la cita y la elección de hora revelaban la destreza de la dama. Lorenzo jamás iba a casa de su prometida antes de las cuatro de la tarde, ni se levantaba hasta las nueve de la mañana, porque las noches pasadas en el teatro le obligaban a trasnochar, y estaba en la edad en que se vive, más que de la comida, del sueño. Así es que su padre le creía seguro en casa y en la cama, cuando ya se acercaba él a la verja del hotelito, tendiendo la mano para oprimir el botón eléctrico. No tuvo tiempo de realizarlo: Teodora esperaba en el jardín vestida de mañana, sencillísima, algo descolorida, sonriente, y ella misma corrió el pasador y salió al encuentro de Lorenzo, antes que éste apoyase el pie en la senda enarenada que rodeando la fuentequilla conducía al vestíbulo. Se dieron los buenos días, y sin hablar otra palabra, Teodora cogió el brazo de Lorenzo, y echaron a andar por una de esas calles de plátanos, negrillos y acacias, que la primavera hace deliciosas en el húmedo clima de París.

Las primeras palabras de Lorenzo fueron para proponer a Teodora que tomasen un coche, a fin de evitar el cansancio de la larga caminata; pero la señora se negó, murmurando con súplica tierna y humilde:

—¡Déjeme usted andar, si no es usted el que se cansa!... ¡Me siento tan bien... voy tan contenta!...

No respondió Lorenzo más que con los ojos, pero respondió detenidamente, y a paso igual bajaron por la avenida de los Campos Elíseos, fresca y solitaria a tal hora, embalsamada por las emanaciones de las acacias, y alfombrada con las flores blancas y rosadas del precioso árbol. El sol, siempre festejado en el brumoso París cuando se digna aparecer libre de nubarrones, alumbraba sin calentar mucho, y una brisa palpitante, saturada de la humedad del río y del riego, no llegaba a mover los árboles, pero los acariciaba y les encrespaba las hojas. De vez en cuando, por la calle central de la avenida, rodaba un coche, algún faetón, alguna *charrette*, guiada por madrugador aficionado, y el brillo de sus barnizadas ruedas y el volteo del polvo que levantaban distraía un segundo a los paseantes. Poco tráfico en aquel barrio de gente elegante y rica; niños correteando y empujando grandes pelotas bajo la inspección de una niñera soñolienta y rubia, y las graciosas siluetas de dos Amazonas escoltadas por tres o cuatro jinetes, erguidas en la silla, y que dejaban en los ojos el rastro de una falda de paño azul tendida como la vela de un esquife sobre un anca de caballo reluciente irisada a fuerza de buen pelo, y de una mejilla sofocada sobre la línea blanca de un cuello almidonado.

Teodora y Lorenzo andaban despacio y apenas trocaban alguna frase sin interés. Al encontrarse sus miradas, ambos sonreían involuntariamente. Al acercarse ya a la plaza de la Concordia, la dama suspiró y volvió atrás la vista, como si sintiese dejar la grata soledad semi-campestre de la avenida y llegar a sitios más frecuentados. No notaba fatiga alguna; el ejercicio prestaba a sus facciones animación singular. Parecía que ella y Lorenzo se habían dado el santo y seña para no hablar seguido; sin embargo, lo que en Lorenzo se debía al sentimiento que le embargaba, era en Teodora efecto de un bienestar tan grande, que no quería alterarlo. Si Teodora fuese una mujer vulgar, forzaría la situación y acaso perdería el terreno conquistado, tratando de arrancar a Lorenzo declaraciones explícitas. La esposa de Jacinto Castellá, aunque inexperta, era hábil por instinto y comprendía que en tan solemne hora la más leve torpeza sería fatal. Repugnar a Lorenzo; permitirse una familiaridad, una provocación, un movimiento en apariencia libre... ¡qué horror,

qué vergüenza, y además, qué equivocación tan lastimosa! Ni necesitaba Teodora esforzarse para no sentir al lado de Lorenzo, en aquel instante, más que dulzuras del orden espiritual. La pasión presenta este fenómeno, que es preciso calificar de bello: así como sabe exaltar los sentidos, sabe aniquilarlos: aspira a todo y se contenta con nada. Sin más que llevar cerca a Lorenzo y sentir cómo entraba suavemente en el alma de él, iba Teodora, fuera de sí, transportada con ideal transporte.

En Lorenzo se verificaba el fenómeno contrario. El hallarse próximo a tan atractiva mujer, el acompañarla a aquella hora, el sentirla tan conmovida, el respirar su aliento sano y perfumado, y sobre todo la conciencia de que allí existía *algo* ya muy antiguo y de cierto muy profundo, exaltaban en Lorenzo una juventud intacta y fuerte. Su terrible padre, al intimarle la víspera, sin previo anuncio ni consulta, sin réplica, la orden del viaje a España, había incurrido en un yerro, precipitando la explosión. A Lorenzo le pesaba el dominio de su padre. En la buena voluntad, en el júbilo con que acogió el plan de su boda con Fermina, había entrado por mucho el secreto deseo de emancipación que experimenta todo joven educado con severidad excesiva y sometido a una voluntad de hierro y a los rigores de la inquisición doméstica, que fiscaliza constantemente sus actos. Sordamente, el deseo de la independencia germina en el espíritu. Al oír el día anterior el decreto del general, Lorenzo comprendió o por lo menos infirió la causa: y la necesidad de dominar su cólera y lo repugnante de la forzosa obediencia, le pusieron por algunos instantes como loco. El cachorro de león se despertaba, rugía y sacudía la melena. «Soy un hombre —pensaba— y mi padre me trata como a un niño o como a una mujer. ¿Qué idea tiene de mí? ¿Se figura que voy a pasarme la vida con andadores y llevado de la mano? Lo que él sospecha de mí y de Teodora es una infamia; pero aunque fuese cierto, ¿quién le mete a intervenir en tales cuestiones?» La idea de que Teodora sintiese por él un interés que la tuviese abatida y enferma empezó a precisarse, y Lorenzo, desvelado en su cama, dio el paso inmenso de considerarla sin espanto, o más bien con secreta alegría. Tan rápidamente como gira la veleta al impulso del viento, vio Lorenzo que había cambiado, que no

era el mismo, que se volvía diferente de sí propio, que su alma se orientaba hacia el mal, hacia lo que pocos meses antes le hubiese horrorizado. Parecía oír una voz insinuante que al oído le prometía mortales dichas; y el océano de la pasión, sin límites visibles, le tentaba brindándole sus olas de fuego. Al encontrarse al lado de Teodora, creyó verla por primera vez. El riesgo de mirar así a una mujer tan peligrosa se duplicaba por encontrarla embebida de sentimientos que no se tomaba el trabajo de ocultar ya...

En esta disposición de ánimo se internaron por la calle de Rivoli, nunca muy concurrida, y se acercaron a la Comedia Francesa, asaltados por los recuerdos de la víspera y oyendo aún los gritos desgarradores de *Fedra*:

Oh haine de Vénus! O fatale colère!

Y como involuntariamente cruzasen la mirada, una mozuela que pasaba, desgredada y con los ojos hinchados de dormir, al acercarse a ellos les contempló de un modo insolente por lo familiar, y soltó, entre una risotada, esta frase:

—*Joli couple!* (Bonita pareja.)

VII

T EODORA palideció y Lorenzo se ruborizó. Era que la exclamación de la mozuela daba forma casi plástica a lo que ambos pensaban y sentían. En toda mujer de entendimiento claro y alma enérgica —y estas dos cualidades no podían negársele a Teodora— el momento de la transgresión definitiva de la ley moral siempre lleva consigo una impresión fuerte y honda de queja y de protesta contra la suerte. El decoro forma hábito, no siendo el hábito la menor salvaguardia del decoro, y Teodora, impecable aún en el terreno de los hechos, no podía dominar un estremecimiento de temor y casi de repugnancia ante la culpa, estremecimiento a veces más poderoso que otras embriagadoras fruiciones que disfrutaba por primera vez. Teodora imaginaba, en aquellos instantes, que hubiese podido encontrar a Lorenzo cuando aún tenía derecho a ofrecerle la blanca flor de naranjo que significa la pureza y la integridad del cuerpo y del corazón; y que entonces podría oír sin rubor ni recelo aquella halagüeña exclamación de la moza que saludaba en la pareja cogida del brazo la irradiación del amor y de la hermosura. Pensamientos semejantes torturaban a Lorenzo y le encendían el rostro. Recapacitaba, queriendo dominar la tempestad que ya rugía en su espíritu, en la diferencia de lo que sentía al lado de Fermina, y lo que experimentaba al de Teodora; y se figuraba que había salido de una comarca lluviosa, fría, donde se respira el tedio, para entrar en un país de sol y luz, de rojos crepúsculos, de auroras radiantes y de noches claras, templadas y alumbradas por misteriosa luna y por espléndidas constelaciones. Si Fermina fuese Teodora, ¡qué sueño tan divino el de arrodillarse con ella ante el altar del cual desciende la bendición a hacer

lícitas las alegrías y a convertir, por singular privilegio, en virtud y en deber la misma felicidad!

A esta visión de desposorios, estéril nostalgia de lo imposible, infundía nueva vida imaginaria la exclamación de la mozueta que con tal descaro acababa de unir a Teodora y Lorenzo. Los ojos de ambos volvieron a encontrarse, y su ardiente y persuasiva elocuencia hizo otra vez inútiles las palabras. Si hasta aquel momento existía duda, se disipó toda niebla de incertidumbre desde entonces, porque ninguna frase diría más que aquella mirada.

Siguieron andando en silencio, sin soltarse, incapaces de articular una sílaba.

No se les había ocurrido ponerse de acuerdo acerca de las famosas compras, ni trazar itinerario fijo para su paseo; pero Teodora, con esa lucidez de concepción que caracteriza a las almas valientes en momentos críticos, guiaba, como insensiblemente, hacia el punto que quería. Hay personas que no pueden menos de estar siempre *haciendo intención*, hasta cuando no se lo proponen. La voluntad de Teodora la impulsaba constantemente en la dirección de sus deseos. Por eso, al través de las calles, unas tan animadas y otras tan apacibles, que convergen alrededor del foco de delirante actividad e histérica algarabía que se llama la Bolsa de París, eligió el camino de la plaza de las Victorias, donde se gallardea la estatua ecuestre de Luis XIV con inmenso pelucón y atavío a la romana, y donde se alza el templo que el mismo *Rey Sol* erigió para conmemorar un suceso que hace época en los anales del catolicismo: la toma de la Rochela.

La iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, con su portada jónica y corintia y su interior del mismo frío estilo neo-griego, no ofrece ese aspecto solemne y romántico de otros templos, que hacen entrar por los sentidos la compunción y la tristeza religiosa. Sin embargo, hay estados del ánimo en que toda iglesia, sólo por serlo, nos conmueve, y Teodora contaba con la robusta fe de Lorenzo para arrancarle del modo más inesperado y noble —sin rebajar marcadamente su dignidad de mujer— la confesión verbal que confirmase la de los ojos. No era que dudase Teodora; pero sus observaciones —aunque no fundadas en la experiencia— le habían demostrado que las palabras son un lazo muy resistente y que esa imperceptible agitación del aire forma

resortes de acero y cadenas de hierro, malas de romper. Detúvose, pues, al pie de la estatua y ante el pórtico de la iglesia, y de pronto, como si obedeciese a súbita inspiración, arrastró vivamente a Lorenzo, y subiendo la escalinata, ambos penetraron en la iglesia. Al entrar, por respeto, se soltaron el brazo; pero Teodora, al punto tomó la mano del español y le llevó ante la imagen de Nuestra Señora.

La iglesia de las Victorias jamás está solitaria. Los desastres de la guerra y los castigos y desmembraciones que ha sufrido el suelo francés, se diría que han acrecentado una devoción que cimentaron los triunfos. A cualquier hora que entréis en el templo fundado por el gran rey, encontraréis algunos fieles postrados y veréis lucir docenas de cirios ante la imagen de la celestial Emperatriz. La imagen inclina la cabeza bajo el peso de su enorme corona, y el rostro, honesto y grave, orlado por la toca blanca y el rubio cabello, se tuerce hacia el Niño Dios, que en actitud de bendecir al que le implora, descansa sobre estrellado globo. Al levantar la vista hacia el grupo encantador de la madre y del hijo, Teodora vaciló en su atrevido propósito: era más pagana que cristiana, y, sin embargo, sentía en lo profundo de su conciencia el temblor del sacrílego que pone las manos en el copón. Venció instantáneamente aquel recelo, y haciendo seña a su acompañante, los dos se arrodillaron juntos, próximos, en el fondo de la capilla. Volvióse hacia Lorenzo la señora de Castellá, y murmuró en voz baja, temblorosa, velada por el llanto:

—Lorenzo, recemos, que lo necesitamos bien.

—¡Sí lo necesito, Teodora! —murmuró Lorenzo con mayor turbación aún.

—¿Va usted a pedirle a la Virgen lo que le pediré yo? —preguntó como a pesar suyo la dama.

—Si tenemos que pedirle lo mismo, ese consuelo me quedará —respondió el mozo, cuyos ojos pensó Teodora que se humedecían, aunque tal vez fuese el reflejo de los cirios.

—Yo sé lo que he de pedirle, pero no sé lo que usted pedirá —articuló Teodora con tan vehemente expresión, que Lorenzo, trastornado, hubo de decir:

—¡No quererla, Teodora... no adorarla... eso pido a Dios, que todo lo puede!

Llevo Teodora las manos a la garganta; se levantó, y salió precipitadamente de la iglesia. La abrumaba el mismo resultado que tenía tan previsto, y, aturdida, sólo pensaba en respirar el aire libre. Apoyada contra la puerta, cerró los ojos y conoció que iba a desvanecerse si hubiese permanecido en la iglesia un minuto más. Entre tanto, Lorenzo, confundido y medroso, tartamudeaba la Salve; pero mientras sus palabras querían volar al cielo, sus pensamientos bajaban a la tierra y no acertaban a separarse de ella. De su piadosa educación en el Seminario había conservado Lorenzo la costumbre de encomendarse a la Virgen, diciendo en lengua francesa la más sencilla de las jaculatorias: *Marie, oh ma mère!, priez pour nous*. Maquinalmente repitió estas dulces palabras, clavando los ojos en el cándido rostro de la efigie. La seductora había calculado con infernal habilidad, al hacer que chocase repentina y bruscamente la pasión juvenil de Lorenzo con la única valla que podría contenerla acaso. Mas ya era tarde. En vano Lorenzo quería asirse desesperado al áncora de oro de sus creencias. En aquel instante había un recelo pueril que le consternaba y que se interponía entre su arrepentimiento y su conciencia: y era el temor de haber ofendido o desagradado a Teodora. «Se ha ido» pensaba: «se ha ido avergonzada de mi declaración... y tal vez no me espera a la puerta ya». Que este insignificante recelo pudiese en el alma de Lorenzo más que otras consideraciones, demuestra hasta qué punto estaba ya cautivo. Se levantó de pronto, de un salto, y salió perseguido por el olor melancólico del incienso y de los ardientes cirios, como por una voz triste que nos avisa para que no nos despeñemos.

Y al salir, lo primero que vio fue a la dama, reclinada en la pared, descajada, respirando fuerte, con angustia. «Se ha puesto mala, y es por culpa mía», pensó Lorenzo, precipitándose hacia la esposa de Castellá. En su aturdimiento, balbuceaba preguntas llenas de interés, ofrecimientos, ruegos, palabras de ternura. Teodora le miró, deleitándose en verle así, y dijo con languidez:

—No tengo nada; gracias, Lorenzo... Me siento muy bien, sólo que un poco débil. Llame usted un coche.

—¿Un coche?

—Sí, abierto... En la plaza de la Bolsa los hay.

Mientras el español corría a cumplir el encargo, Teodora, repentinamente serena, habiendo reaccionado ya, reflexionaba. En aquella mujer, que era un hombre de acción, las emociones estimulaban la exactitud del raciocinio. Preocupada un instante en la iglesia, al salir de ella se dejó dentro los pocos escrúpulos que en su carácter cabían. Mientras a Lorenzo le aturrullaban los fenómenos pasionales, a Teodora la ponían sobre las armas, en guardia, pronta a la lucha. Había pedido el coche, no porque se sintiese cansada ni enferma, sino porque, libres del cuidado de andar y aislados de la gente, se completaría la confesión de Lorenzo y quedarían acordes. Y había querido el coche abierto, porque si contaba con la fiebre de los sentidos de Lorenzo para que éste se entregase atado de manos y pies, por nada del mundo buscaría una soledad equívoca y sospechosa, pues comprendía que su delicadeza había asegurado el triunfo.

¡Ah, si Lorenzo Gurrea pudiese leer de corrido en el alma de aquella mujer, que sin embargo le quería con pasión incontrastable; si viese aquel cálculo al servicio de aquel sueño... tal vez recordaría el consejo del poeta místico, y pensando que *sólo el que huye escapa*, rogaría a su padre que adelantase el viaje proyectado y que le salvase del inminente peligro! Mas su destino era otro, y a él corría como corremos a la muerte. Iba aprisa cuando tomó el coche, aprisa cuando subió a él, y más aprisa cuando saltó para ofrecer a Teodora la mano y ayudarla a entrar. Se consultaron con los ojos: Teodora los bajó, y al fin Lorenzo, recobrando la iniciativa que a su sexo pertenece, dijo al cochero:

—Al Jardín de Plantas.

Teodora no se opuso: se trataba de ir en dirección opuesta a la que habían traído y alejarse de la casa de Castellá. No eran más que las diez y media de la mañana; y la prueba de la sangre fría que conservaba la dama, es que pensó en la hora, echando cuenta de que aún podía detenerse hasta la una sin que la ausencia infundiese extrañeza. Lorenzo, por el contrario, sentíase perdido de emoción, ebrio, semiloco. La capota de la victoria, baja para evitar el sol, les permitía hablar confidencialmente sin que el cochero se enterase: y lo primero que dijo el español, a pocas rodadas del coche, fue la prevista serie de vulgaridades, eternamente peligrosas.

—Teodora, ya no vale callar, porque se me ha escapado la verdad a pesar mío. La quiero a usted con toda el alma; no lo sabía; hoy me he convencido de ello. Es una desgracia muy grande; convenido; pero es verdad. Mire usted: lo he conocido cuando mi padre me anunció que quiere llevarme a España. No iré aunque me lo mandase, en vez de mi padre, Dios. Perdóname usted, me expreso muy mal; estoy hecho un insensato... y lo que le repito a usted es que no me iré a España.

—Se quedará usted aquí para casarse con Fermina, y da lo mismo —respondió Teodora comprendiendo la violencia que se hacía el mozo para no cogerla una mano, para no atraerla hacia sí por el talle.

—Tampoco. Por el alma de mi madre, no me casaré con Fermina jamás. Si teme usted eso, viva tranquila. ¡Antes se hunde el mundo, Teodora!

VIII

ENTRE las singulares condiciones que había desarrollado en el general Gurrea Pinós su vida de guerrillero, contábase la de un dominio casi absoluto sobre el sueño y el hambre. Estas dos imperiosas exigencias del organismo las satisfacía Gurrea Pinós, cuando le era posible, con ímpetu casi brutal; sobrio por costumbre, sabía saciarse y devorar por diez; vigilante como un gallo, nadie era más capaz que él de dormir a pierna suelta, con ronquido marcial y sonoro. Pero la sospecha, la inquietud, le suprimían instantáneamente el sueño, sin que la privación de tan indispensable sedante debilitase o sobrecitase en lo más mínimo su bien regulado sistema nervioso.

La noche que siguió a la representación de *Fedra* la pasó en vela el general. Con los ojos abiertos en la oscuridad de la alcaoba, repasó y combinó los acontecimientos pasados y calculó los venideros. Juntando indicios con indicios, atando cabos sueltos y aplicando las nociones de psicología adquiridas en horas supremas, llegó a ver clara la situación. Lorenzo no estaba aún completamente *envuelto*; pero un descuido, una casualidad, bastarían para que lo estuviese. Había que irse cuanto antes, poniendo por obra el anunciado plan del viaje a España. Gurrea Pinós repasaba mentalmente los obstáculos que esta combinación podía encontrar en mil asuntos pendientes, y se proponía removerlos sin tardanza alguna, desplegando actividad febril. Lo malo era que para tal empresa necesitaba perder de vista muchas horas a su hijo. Enviarle a casa de Castellá —que parecía lo más natural— era meterle en la boca del lobo. Una idea, inspirada por sus reminiscencias de la guerra civil, se le ocurrió al bueno del general entonces. Acordose de que cuando descon-

fiaba de dos oficiales, temiendo que se entendiesen para venderle, recurría a aislarlos, confiando al uno de ellos una comisión en lugar distante. Gurrea Pinós tenía, por cuenta y cargo de la casa Amblera, pendientes negociaciones con un gran fabricante de pañería de Elbœuf. Había dificultades relativas a una considerable remesa de género que *Amblera* se negaba a recibir por excesivo retraso, y por oposición de la tienda madrileña que hacía el pedido a admitirlo fuera de estación. Gurrea Pinós tejió instantáneamente el ardid de que mientras él arreglaba en París los asuntos, su hijo desenredase el de Elbœuf. Y resuelto firmemente este punto importantísimo, el general, a eso de las cinco, entendió que convenía dormir, y durmió como un lirón. Hasta más de las ocho, contra su costumbre.

Despierto, afeitado, vestido, despachado el chocolate con bollo que le servía una criada aragonesa, cincuentona y de aspecto monacal, Gurrea Pinós pensó en preguntar descuidadamente:

—¿Y el señorito Lorenzo? Si está vestido que venga aquí.

—El señorito ha salido temprano —contestó la criada con sencillez; y su respuesta hizo saltar al viejo, que desvió la taza y se puso en pie encendido y furioso.

—¿No ha dicho a dónde iba?

—No, señor... A misa o confesión irá de seguro —contestó la sirvienta, que quería mucho a Lorenzo.

—¡Qué misa ni qué... baraja francesa! —juró Gurrea, que en las ocasiones críticas tenía boca de carretero. Reprimiose en seguida al ver que Hilaria —así se llamaba la buena mujer— bajaba los ojos y se encaminaba hacia la puerta silenciosamente; y mostrando ya más dominio de sí mismo, preguntó:

—Dice usted que salió temprano... ¿A qué hora?

—A eso de las siete y cuarto.

—¿Iba bien vestido?

—Sí, señor, el traje nuevo... y él hecho un espejo de limpio. Me pidió la camisa mejor planchada, por cierto. Se levantó antes de las seis. No esperó a más Gurrea, y se dirigió al cuarto de su hijo. El espionaje no asustaba al veterano, y el registro mucho menos: ambas cosas entraban en su moral. El aspecto de la habitación no revelaba cosa alguna: Hilaria la había puesto en

orden minucioso. El general abrió cajones, pero ningún papel delator encontró en ellos, pues no se habían de juzgar tales los insulsos billetes de Fermina, en que el amor apenas sabía tartamudear frases candorosas. Gurrea vio que por aquel lado no adelantaría nada, y sin pérdida de tiempo, tomando sombrero y bastón, bajó las escaleras con agilidad juvenil. Parose ante el tugurio de la portera, interpeándola familiarmente.

—Madama Brisset —la dijo— ¿sabe usted hacia dónde va mi hijo hoy? No le vi antes de que saliese...

Asomó a la puerta del cuchitril una cabeza con papalina negra y unas narices rojas como un tomate, y una boca desdentada pronunció:

—¿A dónde ha de ir, *cher monsieur Gurriá*? Llamó un coche ahí de la parada de enfrente... y claro: a la Avenida de los Campos Elíseos.

Zumbáronle los oídos al veterano, y una luz roja tembló delante de sus ojos. Era aquello, para él, la certeza absoluta. A hora tal, ni Fermina podía esperar a Lorenzo, ni Jacinto saber que el novio de su hermana pasaba por su puerta. ¿Qué duda quedaba? Sólo una cita de Lorenzo y Teodora explicaba la matinal excursión.

Precipitose el general hacia la calle, e hizo seña a un coche que iba de vacío. Como el cochero torciese el gesto a la no floja carrera entre la calle Mazarine y los Campos Elíseos, el general, que era más bien cicatero que otra cosa, pero no entonces, pronunció las mágicas palabras:

—¡Aprisa y buena propina!

El coche arrancó desempedrando el arroyo, y en todo el trayecto no aflojó el paso. Al detenerse ante la verja del hotelito, Gurrea, después de pagar espléndidamente, llamó con cautelosa suavidad. Salió a abrir el portero, que era a la vez mozo de cuadra, y Gurrea, inspirado, le dijo como al descuido:

—Al señorito Lorenzo, que ya llegó; que baje.

—¿Que baje? —repitió el portero atónito—. ¡Pero si no está aquí el señorito!

—¿Pues dónde? Aquí vino esta mañana.

—En efecto, pero era para salir con la señora, que le aguardaba. Iban a compras.

Gurrea quedó inmóvil. No había contado él con tan sencilla explicación de lo que a no dudarlo era cita amorosa en toda regla. Al mismo tiempo, la tranquila naturalidad de aquel pretexto le pareció que revelaba la astucia impudente de los que ya tenía por criminales. La sangre le dio un nuevo vuelco, y subió a enrojecer su frente y abultar la gruesa vena que la cruzaba. Su impulso era echarlo todo a rodar, de entrar en la casa como un torbellino, arrancar la venda al esposo y batirle las cataratas a Fermina; pero su segunda naturaleza, de estratégico y de caudillo prudente, le sujetó en el jardín, y le movió a encender un cigarro, para tener tiempo de reflexionar. Paseando arriba y abajo y chupando el puro, concibió un proyecto cien veces más radical y atrevido que todos los de la noche anterior, y al afirmarse en él, tiró el habano y subió las gradas del vestíbulo, penetrando en la antesalita decorada con grandes y raros tibores japoneses verdes, de donde emergían plantas de hoja plumeada y elegante. Entró rápidamente por una puertecilla a mano derecha, que era la del despacho de Jacinto, todo revestido de cueros auténticos cordobeses y trozos de bordadas telas, recortadas de viejas casullas del siglo XV. Sobre aquel fondo oscuro, intenso, suntuoso, la cabeza del marido de Teodora resaltaba pálida y fina, sin realce ni vigor. Gurrea Pinós volvió a sentir tentaciones de darle un puñetazo, pero se contuvo; y al ver que Jacinto se levantaba del sillón y acudía deferente a preguntarle qué le llevaba tan temprano por allí, dijo con calma:

—Quería echar un párrafo con Fermina.

—¡Qué suegro tan pegajoso! —contestó riendo Jacinto—. Aguarde usted, voy a decirla por el tubo acústico que baje al jardín... Me escaman estos secretos, mi general. Usted se la va a pegar a su hijo; vamos, usted le sopla la novia.

Diez minutos después de esta chanza, Gurrea Pinós y su futura nuera se reunían en un cenador de cabrifollo, bignonia y clemátida, al otro extremo del jardín y en completa soledad. Gurrea atrajo a sí a la joven y, a la usanza francesa, la besó en la frente. Después, desviándola un poco, la interrogó:

—¿Por qué tienes los ojos hinchados?

—¡No parece sino que usted no lo sabe! ¡Porque se marcha Lorenzo, y con ese viaje que usted ha discurrido me voy a pa-

sar la friolera de cuatro meses sin verle! Para sorpresas agradables, usted.

—¡Miren la pizpireta! Ganas me dan de callarme lo que pensaba decirte...

—No, por Dios... Hable usted pronto.

—Siéntate ahí... Eso... ¿Qué opinarías tú si yo te propusiese hacer el viaje conmigo... y con Lorenzo? ¿Eh? ¿Me explico?

—¿El viaje?

—El viaje; el viaje a España; el viaje a Aragón... Cabal.

—Y... ¿cómo?

—¿Cómo? Comiendo... Casándote dentro de tres días... ¿lo oye usted? De tres días.

Fermina dio un grito, cogió la mano del general y la llevó a sus labios.

—Vamos, vamos, juicio y serenidad... Si te trastornas, la boda se concluyó, ¿entiendes? —Mira, hija mía, he pensado que no hay motivo ninguno para separaros ahora y reuniros después. Tú eres dueña de tu voluntad; Lorenzo... claro que por Lorenzo no habrá dificultades. A mí me conviene salir de París; a vosotros os servirá de diversión. Os casáis volando; vais a Aragón y arregláis vuestros asuntillos personalmente... después tomáis baños de mar... y en el otoño, a preparar la instalación en Bilbao.

Fermina tenía los ojos clavados en los de su futuro suegro. Una desconfianza súbita, inexplicable, la obligaba a fruncir el entrecejo y endurecía sus facciones.

—Mire usted, papá —murmuró— debe usted conocer cuáles son mis deseos... pero veo en todo esto algo raro, algún misterio que me extraña y me preocupa. No soy tan lista como mi cuñada..., pero tampoco soy tan tonta que no note estos cambios y estas resoluciones tomadas de pronto volviendo patas arriba lo que teníamos resuelto... No me diga usted que no pasa nada, porque no lo creeré.

Gurrea Pinós había previsto el recelo de Fermina y tomado su partido de antemano.

—Hija mía —pronunció con firmeza— ¿crees que te aprecio?

—Sí, señor... lo creo, estoy segura.

—¿Crees que hago las cosas por tu bien?

—¡Y tanto!

—Pues entonces vas a no preguntarme nada y a darme plenos poderes y a dejarme proceder a mi gusto... Yo te respondo de que dentro de tres o cuatro días estás casada con Lorenzo y camino de España. Mira, todo lo bueno que hacen los hombres, lo hacen obedeciendo y callando, y mandando uno solo y sometiéndose a su voluntad los demás. Esto yo lo sé por experiencia, y ojalá pudiese ponerlo siempre en práctica, que ni habría vicios ni escándalos en el mundo. Tú di que sí a cuanto yo ordene, y basta.

—¿Y Lorenzo? —replicó la tozuda Fermina. Y Lorenzo, ¿qué opina en esta cuestión?

—Opinará lo que yo determine... ¡Pues no faltaría otra cosa!

Fermina calló, pero al cabo de un instante, cejijunta y sombría, alzó la cabeza y dijo:

—¡Yo creo que Lorenzo me quiere menos... o que no me quiere!

Y el general, con voz entera, echando rayos por los ojos, sólo respondió:

—¡Pobre de él!

IX

COMO dos horas después del diálogo con Fermina, el antiguo cabecilla fumaba en el mismo cenador de floridas enredaderas, pero solo ya y sin cuidarse de que su rostro reflejase el formidable estado de su ánimo. Éste era tal, que no recordaba Gurrea otro parecido, y la imposibilidad de ejercer actos de violencia le exasperaba doblemente. La sangre, fuerte y espesa, se agolpaba a sus sienes y hacía resonar en su cerebro estrépito como de galope de caballos, y el veterano reconocía, en la contracción involuntaria de sus dedos y en la sequedad de su boca, las sensaciones que preceden a las horas de lucha mortal; sensaciones al fin homicidas.

Intentó sin embargo reflexionar, calculando la dirección de los acontecimientos. Al obtener que Fermina se prestase —aunque recelosa— a acelerar su enlace, realizándolo en el improrrogable plazo de tres días, había pasado al despacho de Jacinto, significándole la resolución de su hermana. Y en el marido —¡oh desprecio!— encontró Gurrea una oposición chancera y culta, una repugnancia a alterar el orden establecido, que le impulsaron a abrir los ojos a aquel mentecato... No se determinó a semejante enormidad; pero cuando Jacinto, sorprendido del empeño de Gurrea, pidió razones, el general, mordiendo rabiamente el bigote, gruñó:

—Ya soy perro viejo, don Jacinto, y no doy puntada sin nudo. Lorenzo es un muchacho... y, sin vanidad, un muchacho como un pino de oro...

—Por cierto que sí —exclamó Jacinto, con la apasionada sinceridad de su admiración hacia la belleza—. No lo sabe usted bien, general. Lorenzo es objeto de museo, y le he rogado a Bon-

nat que me estudie su cabeza, poniéndole una gola, algo de traje del XVII...

—Más valdría —objetó Gurrea amostazado— que Dios le diese, en lugar de hermosura, prudencia, que eso de la hermosura es mojiganga, y en los hombres me irrita. Con la edad y el tipo de Lorenzo, se corren en París mil peligros... y no digo más, ni me pida usted que diga, sino que se guíe por mí, y me deje adelantar la boda.

Jacinto se echó a reír, y sin cesar de examinar una cajita esmaltada muy curiosa que acababan de traerle, murmuró entornando su ojos finos y rebuscones:

—Vamos, general... que si es por eso por lo que quiere usted ir a paso de carga... No estoy enterado, pero una de dos: o lo de Lorenzo es alguna intriguilla, o es una pasión fulminante, de esas que (créame usted) no abundan tanto y nos gustan mucho a los amigos de la poesía y del arte... ¡En el primer caso... déjelo usted correr! Ya se deshará... ¡En el segundo... que es el inverosímil... ni usted ni yo lograremos nada! La pasión es más fuerte que nosotros y que el mundo, amigo mío...

Mientras Jacinto se expresaba así, Gurrea, literalmente, trepidaba como una caldera de vapor sujeta a presión excesiva y próxima a estallar. Las frases gordas querían subir a su boca, pero el esfuerzo heroico de su voluntad las contenía. Con todo, no pudo menos de refunfuñar:

—Don Jacinto, no me pregunte, que más vale y permítame disponer de mi hijo, que yo sé dónde me aprieta el zapato. ¡Vaya si lo sé!

Y Castellá, con algo de repentina sombra en el rostro, y como un velo de humo en las inteligentes pupilas, insistió a su vez:

—Crea usted que no puedo avenirme a una variación tan inesperada, querido general, sin conferenciar con la interesada, y sin enterar a mi mujer... Echa usted abajo nuestros planes. Al quitarnos el luto haríamos una bonita boda, en Santo Tomás de Aquino, convidando, dando a nuestros amigos un almuerzo decente, todo en regla. El *trousseau* no está corriente, ni lo estará en algunas semanas, aunque matásemos a las bordadoras; los trajes mucho menos, porque váyales usted con

apremios a sus majestades los modistos; el aderezo de mi madre, que regalo a Fermina, desmontado; en fin, la novia no tiene qué ponerse... Crea usted que este achuchón es un desatino irrealizable.

—Pues se realizará, señor don Jacinto. Me río de las zaran-dajas de la vanidad, cuando juegan más graves intereses.

—Es que esos graves intereses no los veo.

—Los veo yo, y basta. Fíese en la experiencia de un veterano.

Y después de esta categórica declaración, levántose el general y salió al jardín, porque le alarmaba el giro que había tomado el diálogo. Castellá se encogió de hombros; no quería discutir tampoco, y prefería estar solo para reflexionar sobre algo que vislumbraba, y que tenía tonos sombríos.

Gurrea midió de arriba abajo el jardinete, donde ya secaba el sol el aljófár salpicado por la manga de riego, y donde las rosas y las glicinias empezaban a despedir su penetrante esencia de las horas meridianas. A seguir sus impulsos, el veterano destrozaría las flores, vengándose en ellas del coraje que se veía precisado a esconder. Con el cigarro apretado entre los dientes sanos aunque amarillentos, Gurrea Pinós se refugió en el cenadorcillo, lejos de las fiscalizadoras ventanas del hotel. Estaba irritado hasta contra sí propio, y empezaba a temer que el grande y salvador principio de que uno mande y los demás obedezcan ciegamente, como sucede en la monarquía absoluta, no fuese aplicable a la vida real en nuestros tiempos. El maldito afán de discurrir, el libre examen, el racionalismo, impertinente de todos —hasta de Fermina, bajo cuya sumisión protestaba la sospecha— estorbaban el único remedio eficaz para curar a Lorenzo y restablecer el orden moral en aquella familia. Mil antecedentes se reunían para contrariar a Gurrea. Fermina alarmada; Jacinto súbitamente receloso, con indefinible recelo; Teodora resuelta, Lorenzo ya en abierta rebeldía... eran datos para que el general temiese una derrota, a la cual estaba bien decidido a no resignarse.

Lo que contribuía a sacar de quicio al viejo era el tardío paso de las horas, que se deslizaban con cruel lentitud entre la soñolienta paz del jardín lleno de sol y dulcemente perfumado por las flores, y que tal vez señalaban para Lorenzo las etapas de una

dicha infame. Los criminales —así les llamaba redondamente el general— estaban fuera de casa desde las ocho y media, y los rayos del astro, completamente en su zenit, indicaban que eran más de las doce. Si Gurrea Pinós pudiese creer en la eficacia de una carrera al través de París para encontrar a la pareja, idón-de estaría ya, y a qué medios de locomoción no hubiese acudido! ¡Pero la maldita ciudad, encubridora y cómplice, les prestaba seguro asilo, y bien podían reírse del enojo del padre! ¡Ah! ¡En cuanto pareciese Lorenzo, ya le guardaría y le aislaría con un centinela de vista, si era preciso!

La ira del viejo no recaía toda en los delincuentes. Si algo bueno daría por estrangular a alguien, ese alguien era Jacinto, a quien echaba la culpa. Creía el general —y tal vez no fuese descaminado— que, dada la autoridad efectiva del marido sobre la mujer, a él incumbe la responsabilidad de cuanto ella hace. Bueno que de Lorenzo me encargue yo —pensaba Gurrea atormentando el cigarro— que eso me toca por ley de naturaleza y por derechos sacratísimos que ejerzo en nombre de Dios; pero a esa bribona, quien debe tenerla a raya es su legítimo dueño. Hay hombres que andan en dos pies por misericordia divina, y ibaraja francesa!, estos que se dedican a recoger madera apolillada y trapos con mugre son del número. ¡Ya podía mi mujer faltar de casa cuatro horas mortales acompañada de un caballerito como Lorenzo! ¡En las Arrepentidas la meto... o *más abajo!*

Y un pensamiento tétrico, feroz, cruzó como exhalación tempestuosa por la mente del general. Jamás había dudado de que el marido y el padre poseen sobre la esposa y el hijo omnímodos derechos, y su convicción de que hay estados y situaciones peores mil veces que la muerte, suscitó de nuevo la visión de una tragedia en que el honor quedase vindicado, y la conciencia, altiva y gloriosa, se alzase por cima del dolor y de los afectos del corazón, malos consejeros de transacciones y flaquezas Gurrea Pinós, aunque rudo y embotado para la estética, era hombre que cultivaba sus ideales, y si entre los personajes históricos tenía un héroe favorito, era un admirable bárbaro, profundamente español: aquel que se ríe con desprecio de otro héroe de queso de nata llamado Guillermo Tell y de su juego de la manzanita; era, en fin, Guzmán el Bueno. Firme en su persuasión, el vete-

rano repetía: «La mujer... es cuenta del marido; el hijo... ése, conmigo se las habrá.»

Al mirar el reloj por centésima vez, Gurrea Pinós vio que faltaban diez minutos para la una, y casi al mismo tiempo oyó, por detrás de la verja, el pesado rodar de un vehículo que debía de ser coche simón. Aprovechando la elevación del cenadorcito, miró por la redonda ventana practicada en las enredaderas, y vio que en efecto se acercaba sin prisa un coche de alquiler, y por debajo de la capota notó como asomaban los pliegues de la falda y los bien calzados pies de la señora de Castellá. «Viene sola», fue la primer idea del veterano; y experto en sorpresas, al punto ideó una. Salió del cenador y se emboscó en un grupo de lilas y citisos, esperando a que Teodora entrase. El primer resultado de la estratagema fue que pudo ver el rostro de Teodora cuando ésta ni sospechaba que la atisbase nadie. Habíase bajado del cochecillo sin más que un distraído *bonjour* al cochero, indicio de que la carrera estaba pagada de antemano; y al oprimir el botón de la puerta para llamar, el general comprobó en el semblante de la esposa de Castellá huellas de una emoción profundísima, y a la vez algo que recordaba la expresión extática de los rostros de ciertas imágenes que se veneran en los templos. Pero al sentir los pasos del jardinero que corría a abrir, instantáneamente, como el que se pone un antifaz, Teodora borró de su cara, con violento esfuerzo, semejantes indicios delatores, y la sonrisa jugó en su boca, y su voz sonó tranquila al decir:

—¿Qué hay, Will, qué hay? ¿Ha preguntado por mí el señor? Se me figura que vengo retrasada para el almuerzo; avise usted, avise que ya puede Giácomo dorar los *macaroni*...

Gurrea oía maravillado, admirando la presencia de espíritu de la mujer que recordaba tan oportunamente el ínfimo detalle que debía de preocupar en aquel momento la caprichosa gulosina del marido, encantado desde hacía un mes con el cocinero italiano que le recomendara a Teodora un amigo de su familia, desde Turín. Su pasmo aumentó cuando, al salir repentinamente del escondrijo para causar impresión a Teodora, ésta, con el ligero chillido nervioso de la mujer en casos tales, se echó a reír, y palmoteando exclamó:

—¡General... si viese usted! Lorenzo y yo hemos encontrado lo que deseábamos... El devocionario, el devocionario con tapas de oro y pedrería... ¡Ya sabe usted que el devocionario es lo que yo quiero regalar a Fermina desde hace tiempo! ¡Porque ella más ha de ir a misa que al baile!... ¡Vea usted! Es un primor...

LA admiración del general ante la presencia del espíritu de Teodora sería mayor si pudiese registrar su alma y ver qué decisiva crisis se verificaba en ella. Por lo común, los primeros momentos en que una pasión nos subyuga llevan consigo un estado de exaltación, que, borrando las nociones de lo real, impide todo cálculo y suprime la previsión y el juicio. En la fuerte organización, en la robusta voluntad de Teodora, sucedía el fenómeno contrario. Había pasado un año la esposa de Castellá soñando la victoria sobre Lorenzo, sin pensar qué camino tomaría cuando la obtuviese, porque detestaba los planes prematuros e inútiles. Al conseguirla, en vez de embriagarse con ella y dejarse llevar por la corriente de las impresiones que saboreaba, rehízose, dominó el tumulto de una alegría casi satánica, y solo pensó en trazar con mano que no temblase las líneas del porvenir. Contaba con la aquiescencia pasiva del hombre fascinado y enloquecido, cuyas ardientes frases, cuyos juramentos delirantes de amor acababa de beber; y segura ya de llevarle adonde quisiera, se asomó intrépidamente al abismo, midió la profundidad, y pensó en el modo de salvarlo.

La extraña lucidez que aquella mujer conservaba en tan suprema hora, la permitió pesar todas las contingencias de lo venidero. Echó la sonda de nuevo en su corazón, y comprobó que, a pesar de las consecuencias terribles, de los insuperables obstáculos, su ansia de Lorenzo persistía, y que, sobrada de valor para todo, carecía del necesario para aconsejar a Lorenzo la abnegación y separarse de él entregándole en brazos de una esposa. Comprendió que la fatalidad pasional la empujaba a la caída, pero que aún poseía fuerzas suficientes para dirigir esa

caída, y hacerla bella como una muerte de gladiador. Su repugnancia a lo clandestino, hija de un carácter indómito y altanero; su antipatía por las luchas ínfimas y arteras; su desprecio hacia el engaño a mansalva; la misma tranquila estimación que profesaba a Jacinto, la impidieron soñar en establecer con Lorenzo esos lazos que atan en secreto a personas que ante la sociedad nada son la una para la otra. Además comprendía que Lorenzo, al lado de su padre, jamás podría disponer de sí. Para asegurar su tesoro, Teodora necesitaba rescatarlo del vigilante dragón.

No sólo pensó en todo esto Teodora, sino que —mientras el *fiacre* levantaba el polvo de la avenida y en el rincón que había ocupado Lorenzo flotaba aún algo de la fragancia de su pelo y casi revolaban ardiendo sus frases de entusiasmo loco— pudo acordarse de que la vida práctica tiene leyes imperiosas y de que aquella cuestión de amor llevaba envuelta sin remedio una cuestión de hacienda. Teodora, acostumbrada por su marido a las sutilezas analíticas de la crítica literaria, se había reído muchas veces de los dramas y novelas en que los héroes y las heroínas se ponen en marcha hacia tierras remotas sin un céntimo en el bolsillo. Así es que, con la calma fría del suicida, echó sus cuentas, unas cuentas muy cabales, sin ilusión ni error. Ella no servía para el trabajo, y estaba habituada al lujo: Lorenzo nada poseía. En el Nuevo continente, natural refugio de los que rompen todas las trabas y se eximen de todos los deberes, hay un deber que persiste, y es el de pagar lo que se gasta. Aquella mujer —que sólo en calzado y guantes derrochaba al año más de dos mil francos— reflexionó, con la cabeza despejada, acerca de este problema, que no consideraba baladí. Y si han de tomarse en cuenta —como es justo— todos los antecedentes antes de condenar o absolver a un reo, el instante en que Teodora resolvió el problema económico debe contarse entre los datos que inclinan a ejercer misericordia con esta pecadora trágica. En un segundo, la voluntad de la dama renunció, no sólo a las vanidades, sino a los íntimos y sibaríticos goces de la elegancia exquisita, al deleite de anidar entre sedas y encajes, por el cual tantas veces pisotea la mujer moderna su dignidad. Calculando lo que podrían valer sus joyas, y lo que representaba su herencia ma-

terna —en valores al portador había tenido la singular previsión de colocarla— Teodora comprendió que ella y Lorenzo no debían temer la miseria, pero que no les sería lícito ningún lujo. Y borrando de su horizonte esa perspectiva luminosa, sonrió al pensamiento de que tal sacrificio, lejos de asustarla, dilataba su corazón, y la causaba un transporte de entusiasta alegría, semi-infantil, que la hizo soltar una risa de gozo. «Lorenzo podrá seguir estimándome», pensó, en el paroxismo de la felicidad.

Ni un segundo dudó que Lorenzo aceptase la heroica solución de la fuga. ¿Qué significaban si no las palabras de total abnegación, qué las delirantes efusiones y los ofrecimientos espontáneos de la vida entera, hechos en aquellas horas breves, pero capitales, que habían seguido a la confesión de Lorenzo en Nuestra Señora de las Victorias? El acto gravísimo de renegar de su matrimonio, concertado, medio hecho ya; la seguridad una y mil veces reiterada de que tal enlace no se verificaría, eran la base de la convicción de Teodora. En un año de trato había tenido ocasión de estudiarle, con esa intuición rápida y profunda, no incompatible con la ceguera amorosa; y fiaba en la seriedad de su carácter, en la virginidad de sus sentimientos, en la religión del honor caballeresco que, si a veces preserva de ciertas faltas, otras hace perseverar en ellas, y sobre todo en la fuerza de la pasión en un alma de fuego y de hierro, española, vehemente, tenaz, exaltada hasta el fanatismo. Teodora aceptaba la iniciativa, pero Lorenzo no se quedaría atrás: la seguiría hasta el fin del mundo. Lo que importaba era engañar al general adormeciendo su suspicacia, y procediendo de la manera más natural y normal, hasta el día de la desaparición. «Ese día empezará mi vida verdadera», pensaba Teodora, mientras por uno de los espantosos contrastes que se presentan en la existencia de la mujer —que es mil veces comedia y algunas drama— examinaba sobre el mostrador del joyero de la calle de la Paz dos o tres devocionarios, maravillas de arte y riqueza, y daba su opinión sobre las miniaturas recientes, comparándolas a las del siglo XV que ostentan en los códices... Al verla entrar en el jardín con la cajita en la mano; al verla explicar con tanta naturalidad su correría y el empleo de su tiempo, el general sintió que aquél era adversario más terrible que cuantos le habían traído

al retortero por las montañas de Aragón. No podía el general —como no fuese por revelación divina— conocer el verdadero estado de las relaciones entre su hijo y la esposa de Castellá: y aunque seguro de que algo existía, y algo muy serio, y algo que obligaba a adoptar toda clase de precauciones y hasta medidas extremas, faltábale la clave del misterio, y tenía que ir a tientas por ignorancia. Cuando Teodora le presentó el misal, una inspiración repentina iluminó a Gurrea Pinós. Se le ocurrió sorprender a Teodora con una noticia contundente, que al fin y al cabo tenía que saber por Jacinto. Miró el devocionario, lo cogió, lo abrió, y lo alabó con afectación extremada.

—¡Vaya una preciosidad! Señora, tiene usted un gusto exquisito. ¡El regalo es muy a propósito para Fermina, tan religiosa y tan angelical! Esto lo prefiere ella a un collar o a un brazalete: ¿lo oye usted?

—¡Vaya una noticia!... Fue Lorenzo el que me puso cien mil objeciones. Empeñado en preferir una esmeralda con cerco de brillantes. ¡Ay! ¡Qué tercos son ustedes los aragoneses! Más quiero que me encarguen de convencer a un santo de piedra, que a un natural de Aragón.

—No sabe usted bien todavía a dónde llega nuestra terquedad. En metiéndonos una cosa aquí... —Y el veterano apoyó en el entrecejo un dedo fuerte y peludo, poniendo sordina a su voz para que la frase no adquiriese indefinible acento de amenaza—. Cuando algo se nos encaja aquí —repitió— hasta verlo realizado no paramos. No crea usted que la digo esto a humo de pajas, doña Teodora... ¿Quiere usted hacerme un favor?

—¿Quién lo duda?

—Diez minutos de conversación en el cenadorcito... antes de que el señor de Castellá se entere de que ha regresado.

—¿Una entrevista galante? ¡Bien, mi general! Usted ha debido ser temible en sus veinte años —exclamó Teodora riendo.

—No señora —respondió Gurrea Pinós perdiendo algo los estribos—. A ninguna edad las faldas me desviaron a mí del camino de la honra y del deber.

Hizo Teodora como si no entendiese, y siguió al veterano, entrando en el cenador, entonces más perfumado, más poético que nunca. Una idea sardónica la mortificaba en aquel instante: pen-

saba que era una mueca burlona de la casualidad el haber rodado con el hijo en un destartalado alquilón, mientras la entrevista con el padre iba a tener un techo de flores y unas paredes de follaje rumoroso.

—Se trata —pronunció Gurrea, sentándose al lado de la señora— de la boda de Lorenzo.

—¿Pues qué hay de nuevo en ese asunto? La creía concertada y muy próxima, respondió la esposa de Castellá riendo.

—Concertada, sí; próxima..., de eso trato, y para eso cuento con que usted me ayude poderosa y eficazmente.

—¿Pretende usted acortar el plazo?

—Justo.

—Tiene usted mil razones —aprobó Teodora con el mayor aplomo—. A nada conducen los noviajos pesados, y puesto que ha de ser... cuanto antes.

—Ya presumía yo que las señoras ven en esto más claro que los hombres... Don Jacinto presenta un sinnúmero de dificultades, y yo ruego a usted que, como buena medianera, interceda con su esposo para que se ablande...

—Ya lo creo que intercederé... *¿Cómo no?*... que dice nuestro amigo don Cármenes Valenzuela. Usted márchese tranquilo con Lorenzo, señor marqués de la Resolución, que al volver tendré a Jacinto como un guante...

—¿A la vuelta? —interrogó el viejo, preparando el golpe—. ¿Qué vuelta?

—A la vuelta de España. ¿No iba usted a llevarse allá a Lorenzo, dentro de ocho o diez días? Pues cuando regresen...

—¡Ay, señora! ¡Pero si... precisamente... de lo que se trata es de que... yo pretendo llevarme, no a mi hijo... sino a mis dos hijos, ya unidos en santo matrimonio!

A pesar de toda su serenidad, de toda su presencia de ánimo, de su disimulo, indispensable en tal momento, Teodora palideció, y un estremecimiento agitó su cuerpo, modelado estrictamente por el paño de su elegante traje de mañana, de corte algo masculino. Una angustia horrible, parecida a la del mareo de mar, oprimió su corazón, y sus manos, enguantadas aún, se crisparon y se enfriaron de pronto. «Quiere adelantarse», —calculó, y la probabilidad de la derrota arrancó de sus cabellos sudor

de agonía. El pensamiento de que aquello era la declaración de guerra abierta y sin cuartel, la devolvió casi instantáneamente su vigor de implacable amazona, y mirando cara a cara al viejo, pronunció con irónica lentitud:

—Puede usted contar con mi auxilio.

XI

T EODORA no tardó quince minutos en cumplir esta singular promesa. Corrió a casa, subió a sus habitaciones, y ordenó a la doncella antes de inclinar y volver la cabeza para que la desprendiesen la aguja que sujetaba la toca:

—Dígale usted a Dionisio que ponga plato para el general Gurrea Pinós..., y al señorito, que venga a mi tocador, que deseo hablarle un momento.

A poco se oyeron los pasos de Jacinto, que salvaba la escalera de caracol, y entró el marido en el tocador de la mujer, encontrándola entregada a dejarse desabrochar las botas de tafilete, que la doncella sustituía por un fino zapatito inglés, de hebilla ancha. Teodora, llamando a Jacinto con graciosa seña, le dijo, sin bajar la voz, como si no la importase que la doncella oyese:

—Es preciso que tramemos un complot, mira, como en las novelas... Me he comprometido a ayudar a Gurrea Pinós, no sólo persuadiéndote a ti, sino también al novio... A apresurar... ¿ya sabes?

Y Lorenza hizo con los ojos una seña por cima del moño de la *maid* arrodillada. Como ésta se dirigiese al armario de los trajes, Teodora la indicó que podía salir, que almorzaría con el puesto.

Jacinto, de pie, metidas las manos en los bolsillos, la cara decolorida y fatigada, porque ya sentía mucha necesidad de alimento y pasaba de la hora habitual, tuvo, sin embargo, valor para responder, con disimulado mal humor.

—¡Hija, pero si lo que pretende ese pobre señor... es un absurdo! Nos echa a perder nuestros preparativos; da lugar a que la gente malicie cosas nada favorables al buen nombre de Fer-

mina... ¡y aun no sé si al de Fermina solo!... Te aseguro que me va molestando de veras tanta trapisonda y tanto tejer y destejer con el matrimonio.

Teodora pareció quedarse pensativa un momento. Las frases de su marido la dieron la voz de alarma, indicándola que el general había ido lejos en su conversación con Jacinto Castellá, y que éste podía, de un momento a otro, recelar, despertarse y ver clarísimo. El admirable tino que la guiaba al través del laberinto de su pasión, no la desamparó en aquel instante.

—Jacinto querido —murmuró— ¿piensas tú que no me hago cargo de eso? Conozco los inconvenientes de un paso así. Pero, créeme; con los aragoneses más vale ceder, porque al fin y al cabo se han de salir con la suya. Que nos dé ese guerrillero al menos ocho días de plazo, y yo me comprometo a organizar la fiesta y a quitarle el carácter de extrañeza a esta precipitación. Después de todo, en París la gente no se mete mucho en lo que hace nadie.

—¡Pues no estás poco decidida a ser cómplice del viejo! —exclamó Jacinto, en cuyo rostro creyó leer Teodora una secreta complacencia, una repentina paz.

—Se lo he prometido... También yo cultivo la formalidad... ¿Qué quieres? Me cogió la acción... Me comprometí a coadyuvar a esa fazaña... y lo único que haré, por transigir, será prorrogar los fatídicos tres días que nos otorgan, y procurar que la gente no extrañe tanto este repentón, arreglando la ceremonia y los accesorios para dentro de una semana... Desde esta tarde me dedico a recorrer casas de modistas y almacenes a ver si improvisamos un equipo presentable... Haremos milagros... Jacinto, créeme a mí. Cuanto más pronto despachemos este asunto y casemos a tu hermana, mejor. Gurrea, francamente, es un hombre pesado, fastidioso, entrometido, amigo de mandar en las casas ajenas. ¿No estamos muy bien solos? Pues ellos a su rincón y nosotros al nuestro. Esta gente no tiene nuestras aficiones.

Jacinto sonrió, demostrando conformidad absoluta con aquel lenguaje lleno de intimidación conyugal.

—Tienes razón, Dora —dijo por fin—. No sé qué mosca les ha picado. ¡Vayan benditos de Dios! Así no tendré que escon-

der el lampadario pompeyano, ni el grupo de Júpiter y Ganimedes... que están en un cajón muertos de risa... ¡Mi hermana va a ser tan feliz allá en provincia, rezando todo el día si quiere!

—¡Sí; fíate de las beatitas! No se casa tu hermana para rezar —contestó maliciosamente Teodora, alisándose el pelo con un suave cepillo y picando en el moño dos o tres horquillas de concha con cabeza de diamantes.

Cuando Jacinto iba a bajar, su mujer le llamó, en tono del que recuerda algo indispensable:

—¡Ah!... Oye... ¿Puedes prestarme a Will para un recado? Como no sirve a la mesa...

—¿Y si llaman?

—¿A estas horas? No llamarán. Necesito que Will lleve una misiva... Estoy ya en campaña para complacer al ínclito general.

—Ahora mismo sube Will —anunció Jacinto marchándose.

Cuando entró el mozo de cuadra, que llenaba también las funciones de portero, Teodora cerraba ya un billetito de tres o cuatro líneas, dirigido a Lorenzo Gurrea. Decía lo siguiente: «Espéreme hoy sin falta, dentro de dos horas justas, delante de la Embajada de Inglaterra, en un coche: y para evitar toda contingencia, salga ahora mismo de casa, antes que vuelva a ella su padre.» A tiempo que se sentaban a la mesa Teodora, Fermina, Jacinto y el guerrillero, el portador de esta misiva salía en dirección a la calle Mazarine; y cuando Gurrea logró tomar el mismo camino, a cosa de las cuatro (porque antes no le soltó Jacinto), y vio que Lorenzo había salido otra vez, aunque al pronto se alarmó, se tranquilizó recordando que aquella era la hora en que se reunían los novios, y después de pelar la pava un rato, iban a paseo en coche. «Allá estará», supuso, adormecida su desconfianza por la diplomacia de Teodora, que en todo el almuerzo no había hecho sino afirmar que la divertía mucho arreglar un matrimonio así, a escape —contrastando su nerviosa animación con el silencio ensimismado de Fermina.

Reuniéronse los que ya podemos llamar amantes en un coche que bajó sin rumbo fijo por los malecones de Orsay y de Grenelle. Lorenzo, ebrio con los recuerdos de la mañana, no pensaba sino en la inesperada ventura de ir cerca de su Teodora;

pero ésta le había citado no para oír ternezas, sino para hacer frente a los acontecimientos y combinar una solución definitiva. Al principio, Lorenzo, como suele suceder a los hombres en casos análogos, se espantó de lo radical del arbitrio que Teodora le proponía. Vio el infierno abrirse bajo sus pies, y aunque embriagado de amor y de intrépido corazón como el que más, tuvo miedo. El creyente firme, el hijo acostumbrado a la sumisión, temblaron en él.

¡Ah sanguinario y duro cabecilla Gurrea Pinós! ¡Si pudieses comprender cómo tu único hijo, en tan solemne momento, conseguiría salvarse quizá, a no haberle acorralado tú con tu violencia despótica en el callejón sin salida de un enlace que ya su conciencia y su corazón detestaban! A no verse Lorenzo compelido a dar mano de esposo a Fermina Castellá, nunca la idea de abandonarlo todo, de romper con el mundo entero, de atropellar a la sociedad y a la ley huyendo en compañía de Teodora, se hubiese abierto camino en alma leal y honrada. Pero era fatal la disyuntiva, y en ella se apoyaba, como en irresistible argumento, la apasionada mujer que, dueña de las manos de Lorenzo y estrechándolas contra su seno palpitante, murmuraba en voz baja y ardorosa: «No tenemos elección, no podemos transigir... O te casas con Fermina y no volvemos a encontrarnos en este mundo, o por nuestra voluntad y nuestra decisión nos unimos para jamás separarnos. Lorenzo mío, ésta es la hora... Decide de mi vida.» Y Lorenzo veía el rostro descolorido, y los ojos de magnético mirar, y la boca de puras líneas, con el húmedo rebrillar de los dientes, tan cerca, que sentía como un desvanecimiento en que se derretía de ternura y de deseo infinito. Hablaban en español, por discreción a causa del cochero; pero éste, indiferente y seguro de una buena propina —propina de enamorados—, ni por casualidad había vuelto atrás la cabeza. Y Lorenzo, desfallecido de amor, en uno de esos arranques que siempre tienen que ser impremeditados porque no se conciben a sangre fría, se inclinó furtivamente sobre aquella boca fresca, dulce y quemante a la vez, y vertió en ella el juramento. «Por mi fe de caballero... A donde quieras y como quieras... Manda y obedezco... Soy tuyo...» Le contestó un gemido de felicidad.

Combinaron en seguida los detalles. Lorenzo apremió para que fuese cuanto antes, lo más pronto. «¿Por qué no hoy mismo?» Pero Teodora, conteniendo lo que había desencadenado, y alarmada porque esta prisa le parecía indicio de una voluntad que no está segura, trató de hacerle comprender que era necesario prepararse, y que se requerían dos días lo menos. Y al ver que Lorenzo fruncía el entrecejo cuando se habló de valores que había de realizar Teodora, la dama exclamó: «Tú trabajarás, Lorenzo; he contado con tu trabajo, en el país nuevo y libre adonde iremos.»

Serenose algo el español con esta perspectiva, y concertaron día, hora, primer sitio en que se detendrían. El itinerario no era dudoso: Calais, Douvres, Londres —Londres, la ciudad inmensa en que se pierde el rastro de la gente como una aguja en un pajar—. Luego, de Londres a Liverpool y de Liverpool a América. Teodora, recostada en el hombro de Lorenzo, cerrando los ojos, creía sentir ya el vivo aleteo del aire cargado de emanaciones salinas, y veía —con esa precisión de la imagen física propia de las imaginaciones ricas y poderosas— un grupo que cruzaba el puente y se reclinaba en la borda para admirar el hermoso espectáculo del sol poniente reverberando en la extensión infinita de los mares. Componían el grupo un hombre y una mujer que se apoyaba tiernamente en su brazo; ella airoso bajo su *waterproof* liso, de tela fuerte, y su sombrero marinero de paja con velo de gasa bien enrollado: él gallardo y noble, a pesar del capotón de viaje que cubría su cuerpo. Y la dulce laxitud del amor satisfecho, convertida a tal hora en melancolía voluptuosa y tiernísima, obligaba a los amantes a mirarse con ojos en que había llanto, mientras la luz solar se prolongaba formando volutas de fuego sobre una inmensidad verde, sombría, aterradora... De ella parecía alzarse la idea de la omnipotencia divina, de *algo* que era castigo y justicia severísima para las debilidades del corazón y los delirios de la pasión humana...

Conviniere en todo; la hora de encontrarse dentro de dos días, en la estación, el modo de salir sin despertar sospechas, el no verse antes, por precaución también, el ligero equipaje que debían llevar, el rumbo que tomarían para despistar en todo caso

a los perseguidores... Sólo se les olvidó una pequeñez, la que siempre se olvida... Teodora no pensó en suplicar a Lorenzo que, por indispensable disimulo, siguiese haciendo a Fermina la acostumbrada corte; y Lorenzo, cuando se separó de Teodora, iba bien resuelto a dejarse matar antes que prestarse de nuevo a lo que ya le parecía una indigna comedia.

XII

DURMIÓ relativamente tranquilo aquella noche el veterano; pero a la mañana siguiente, un billetito de Fermina le enteró de que Lorenzo no había parecido por la avenida de los Campos Elíseos. De un salto plantose el viejo en la habitación de su hijo, y le interrogó brusca y severamente, como se interroga a los reos en los consejos de guerra. Una palabra paternal, una pregunta cariñosa, hubiesen ruborizado y conmovido a Lorenzo: el tono y las maneras de su padre le prestaron energía. No era ya el niño que tiembla y obedece; y la entereza casi feroz con que se repuso desde el primer momento, probó a Gurrea Pinós que allí corría de veras su indómita sangre.

Era la rebelión tan franca y explícita, que en los primeros momentos el veterano se quedó sobrecogido —isobrecogido, él!— y no acertó a pronunciar palabra, parte porque le sofocaba la sangre agolpada a su cabeza, parte porque lo inesperado del suceso le quitaba toda facultad de discurrir; era una sorpresa en regla, la aparición fulminante del enemigo donde se contaba con hallar al aliado. A la intimación de Gurrea, de que se dispusiese a casarse en plazo brevísimo, Lorenzo respondió negándose terminantemente, y declarando que ni entonces ni nunca había de llevar a Fermina Castellá a los altares.

—Y me alegro, padre —añadió con la sencillez obstinada de su raza y con la calma del que diciendo la verdad se cree a salvo— de que usted me haya puesto en el caso de terminar la situación falsa en que me encontraba con esa señorita. Ni la quiero ni la he querido jamás... ¡y no me casaría con ella... aunque mi madre saliese del sepulcro para ordenármelo!

Gurrea Pinós cerró los puños y, morado de furor, avanzó sobre Lorenzo. El hijo, pálido, pero constante en su voluntad, bajó los ojos y aguardó, determinado a sufrir el ultraje. Pero cuando el padre alzaba ya la mano para descargar el bofetón, se contuvo de repente, y dijo con voz ronca, despreciativa, que abofeteaba mejor aún:

—¡Infame! ¡Maldita la hora en que te hice, y el vientre en que te di la vida!

Tembló Lorenzo al oír la injuria a su madre, pero continuó guardando silencio.

—No creas —añadió— que por callar te librarás de mi justicia. ¡Tiémbelala! ¡Eres mi hijo, eres... lo que más he querido en este mundo!... y como respondo de ti ante Dios, yo te aseguro que te arrancaré de las uñas del demonio, aunque tenga que hacerte picadillo... ¿sabes? A Martín Gurrea Pinós no se le ahoga con un pelo de bribonaza, ni se le monta encima un mequetrefe. Si te cojo en malos pasos, ¡encomiéndate a Dios, que te perdone lo mucho que le ofendes!; y lo que es la mala mujer por quien me das esta pesadumbre a mis años... ¿No oyes que la llamo mala mujer? ¡Defiéndela al menos, si eres hombre!

Ya no estaba pálido Lorenzo, sino lívido. Su juventud y su fresca sensibilidad le llenaban en aquel instante los ojos de lágrimas de coraje y de vergüenza profunda; pero sin cambiar de actitud, sólo tartamudeó:

—¡Ya ve usted que tampoco defendí a mi madre cuando usted la maldijo!... ¡Usted puede decir lo que quiera... lo que quiera!

Con un movimiento que en aquellos momentos era hermoso, Gurrea Pinós tendió la mano, la misma mano que se disponía poco antes a abofetear; y el hijo, reprimiendo un sollozo, apoyó los labios en ella, guiado por su inveterada costumbre de obediencia y veneración. Creyó el viejo que Lorenzo se rendía, y murmuró, queriendo ser jovial:

—¡Ea, tarambana, no se hable más del caso! ¡Andando a ver a la novia!

Y Lorenzo, más pálido todavía, replicó:

—Pídame usted la vida, y no eso, porque no lo haré.

Volvieron a inyectarse de sangre los ojos del veterano; pero

se contuvo, y sin añadir palabra, mirando a su hijo con el mayor desprecio, salió y sacó la llave de la puerta, dejando encerrado al joven.

Mientras Gurrea Pinós inventa una enfermedad para excusar a Lorenzo en casa de Castellá, y medita en los medios de reducirle y subyugarle, Teodora no pierde el tiempo; realiza sus valores y se prepara, sin que los que la rodean puedan suponer que, cuando sale oficialmente a activar los preparativos de la boda de Fermina, dispone en realidad los de su propia desaparición.

Una persona hay, sin embargo, en casa de Castellá que recela, que observa y que no se descuida. Nunca había podido Fermina desechar enteramente sus prevenciones y su instintiva antipatía hacia Teodora. Adormecidos estos sentimientos en el primer transporte del amor y en las primeras ilusiones del noviazgo, desde algún tiempo habían renacido, sin que Fermina se diese cuenta exacta de que el verdadero nombre de la desazón e inquietud que la poseían, y de su enojo cuando Lorenzo hablaba con Teodora, era el sordo y lento trabajo de unos roedores celos.

Hay personas en quienes el elemento tradicional, el residuo depositado en el alma por la educación y por los principios en que se amamantaron, es muy superior al de la individualidad. Tal era el caso de Fermina. La vulgaridad de su modo de ser, cierto sentir burdo, cierta traza mezquina del carácter, tenían por correctivo la firmeza de la enseñanza cristiana, las obligaciones de caridad y rectitud que envuelve. Así como en Teodora existían elementos de grandeza y generosidad que no había beneficiado la cultura y que la indisciplina moral descarrió enteramente, en Fermina las peores inclinaciones se corregían por la doctrina a que se ajustaba. Así es que al notar la creciente frialdad de su novio, al percibir que otra mujer le atraía más, y que ésta era la esposa de su hermano, y que indignos celos se enroscaban como víboras en su corazón, Fermina, espantada de lo que creía descubrir, sobresaltada su conciencia por el mal que podía hacer si hablase, resolvió callar, desechar la sospecha, reprimir el enojo, y estuvo a punto de arrodillarse ante el confesor y acusarse a sí propia de un delito atroz de juicio temerario.

Pero la adquisición educativa no prevalece mucho tiempo contra los sentimientos naturales. Fermina quería a Lorenzo con el ímpetu de una juventud vigorosa, con la exigencia que dan los afectos legítimos, con el exclusivismo que nace de la seguridad de consagrar la vida a un deber, y del derecho a reclamar el pago. La pasión de Teodora y Lorenzo se precipitó de tal manera los últimos días, que ya Fermina, por mucho que atendiese a religiosos escrúpulos, tuvo que abrir los ojos. El retraimiento de Lorenzo era tan extraño; tan raro el aire de Gurrea Pinós, al decir que su hijo se encontraba indispuerto; tan peregrino el empeño de acelerar la boda, y hasta tan extraordinarias las salidas de Teodora a cada momento —aunque pretextadas por las compras indispensables—, que Fermina no pudo menos de comprender que algo de inusitada gravedad comprometía su dicha.

Lo primero que se desarrolla en un alma pequeña herida y soliviantada por la pasión, es el instinto del espionaje. El segundo día en que Lorenzo —cerrado bajo llave por el general, que le llevaba en persona la comida a su cuarto— no acudió al hotel de los Campos Elíseos, Fermina vio salir a Teodora muy de mañana, y con un pretexto logró que la doncella la facilitase la llave del tocador de su señora. Miró hacia todos lados, y al pronto nada vio que mereciese fijar la atención ni que diese pábulo a la sospecha. Aquella habitación tenía el don de indignar a la muchacha, por lo que contrastaba con su carácter y sus gustos. Las suaves pinturas del techo; las diosas apenas vestidas de vaporosos celajes; los amorcillos rientes; los mil artísticos cachivaches esparcidos sobre el tocador; el delicioso espejillo Médicis con marco de plata; la gran meridiana amplia y mullida; los sillones de raso brochado velados por rancios encajes; el cuarto de baño misterioso y todo blanco como una alcoba: el lujo inteligente, refinado, de aquel nido, exasperaban a la provincianita, causándola una mezcla de envidia y de enojo púdico. Al mismo tiempo la producían insaciable curiosidad, acre y persistente como el mal deseo...

Los ojos inquisidores de Fermina seguían buscando algo, cuando de pronto se fijaron en el coquetón armario de luna, de laca rosada con guirnalda de rosas de color más fuerte; y al en-

treabir la puerta, que tenía puesta la llave, una exclamación se apagó en la garganta de la novia de Lorenzo... Acababa de ver un saco de viaje completamente nuevo, y en él varios paquetes envueltos en papel de seda, mientras los estuches de las ricas joyas de Teodora vacíos, yacían en desorden al pie del estante...

Fermina sabía que Teodora depositaba siempre sus alhajas en el banco al salir de veraneo, pero que las enviaba dentro de los estuches, en una vasta caja que lo encerraba todo; y como si la hubiesen descargado un repentino mazazo en la cabeza, se quedó aturdida, fría de espanto...

EPÍLOGO

LA estación estaba casi desierta aún cuando llegó a ella Lorenzo, tembloroso como un criminal, y sintiendo en las rodillas esa flojedad que hace que cada paso que damos nos fatigue el pecho y nos acorte la respiración. La mano izquierda del mozo venía envuelta en un pañuelo oscuro, para ocultar la lastimadura que se había causado al abrir violentamente, con el impulso y peso de su cuerpo y con varias puñadas recias, la puerta de las habitaciones donde le tenía cautivo su padre. Aunque conocía Lorenzo que le sobraba fuerza para hacer saltar aquella cerradura, no quiso hacer uso de medios violentos de recobrar su libertad, hasta que se acercase el momento de reunirse con Teodora. Apenas supo por la criada —cómplice involuntaria y siempre adicta— que su padre había salido un momento, apoyó Lorenzo los hombros y descargó el puño; abriéronse las hojas; vendó el mozo su herida precipitadamente, y cogiendo el saquillo donde había puesto lo indispensable para los primeros momentos, saltó en un coche y mandó al cochero que volase, dirigiéndose a la estación. Hubiese querido estar, en tal momento, tranquilo, frío, sin remordimiento alguno, sin oír la voz de su conciencia; pero no podía: sus nervios tirantes y su alma angustiada y llena de zozobra, no lograban aquietarse con la acción y la voluntad, que son sin embargo el mejor bálsamo en ocasiones semejantes. Mal sabría definir por qué se encontraba en tan penoso estado; ignoraba si era el temor a que todavía pudiesen sorprenderles, o la desazón del que atenta contra lo que más debe respetar; lo cierto es que sufría, que temblaba, que no le sostenían las piernas. ¡Con qué afán esperaba la aparición de Teodora, columbrar la silueta de una mujer, que con paso vaci-

lante, mirando a derecha e izquierda, se orienta, trata de encontrar al que la aguarda! ¡Con qué gozo, con qué júbilo insensato se instalaría en el departamento, al lado de la amada, sin tener que temer ya censuras ni reproches, salvando distancias, devorando la llanura, cruzando el negro túnel, penetrando en la ciudad donde fuese desconocido y donde la dicha de llevarla del brazo y de beber su sonrisa y la fogosa languidez de su mirada no es delito, o al menos nadie puede calificarla de tal!

Buscó Lorenzo un rincón apartado y se sentó en un banco, porque no podía tenerse. Amparando con una mano el saquillo, siguió maquinalmente con los ojos el ir y venir de los viajeros que iban llegando ya. Oíase en el andén el ruido de los trenes al formarse y la batahola de la muchedumbre y de las disputas y órdenes a cargadores y criados, y más cerca, en la sala misma, el susurro de las conversaciones íntimas y de las despedidas afanosas. Lorenzo, inerte de cuerpo pero activo de espíritu, no apartaba la mirada de la puerta por donde Teodora había de aparecer. Al fin la impaciencia le obligó a ponerse en pie, y aunque sentía los miembros quebrantados, paseó lleno de nerviosa inquietud. ¡Cuánto se hace desear! ¡Si no vendrá! ¡A que no viene!

De improvviso, el corazón del enamorado, como pájaro a quien abren la puerta de la jaula, salta impetuoso... ¡No hay duda, es ella; es Teodora! A pesar del espeso velo, del largo *ulster*, del sombrero que avanza y deja en sombra la frente —atavío que ya parece anunciar la travesía, el viaje al través del Atlántico— Lorenzo la ha reconocido, corre, se precipita... Pálidos y turbados se tienden la mano, se la estrechan con fuerza, pero sin rastros de emoción sensual...

—¡Al tren! —exclama Teodora—. Aquí corremos peligro de que nos vean... Tengo los billetes desde por la mañana, comprados en la agencia del bulevar...

Y sin mirarse, pensando sólo en darse prisa para ocultar el delito, corren al andén, saltan en el primer departamento vacío, se refugian, se vuelven a coger las manos libres ya, se dirigen una sonrisa en que brilla la esperanza y asoma el contento...

Casi en el punto crítico en que los fugitivos se creían seguros, llegaba a la estación Gurrea Pinós. Una carta de Fermina, reci-

bida a las tres de la tarde y en que la muchacha pedía hablarle con urgencia, le había sacado de su casa, donde vigilaba a Lorenzo, y llevádole a escape al hotel de Castellá, Jacinto se encontraba ausente; Teodora también; sólo estaba la novia de Lorenzo. A las primeras indagaciones, al detalle del saco y de las joyas, una idea terrible cruzó por la mente del general: si eran ciertas las indicaciones de Fermina, ni un minuto debía haber faltado del lado de su hijo. La muchacha, deseosa de cerciorarse completamente, hizo subir al general al tocador de Teodora. Todo estaba como la víspera... pero en el armario sólo quedaban los estuches de las alhajas. El saquillo que las encerraba, había desaparecido.

Gurrea Pinós rugió como una fiera. Creyó inútil seguir la pista a Teodora, pues faltaba desde las dos, y no era tan necia que hubiese ido a la estación en derechura. El general corrió a su casa, donde le esperaba la noticia de la evasión y fuga de Lorenzo. La portera le había visto subir a un coche, pero ignoraba qué dirección llevase. Tuvo el padre la ocurrencia feliz de preguntar a los demás cocheros del punto. Uno de ellos había oído la orden: inmediatamente el general subió al coche y dio la misma, encomendando la prisa y ofreciendo una propinaza.

Antes de volver a bajar a la calle, había tomado Gurrea Pinós, por si acaso, dinero, abrigo y un revólver de seis tiros, cargado y certero. Podía tener que emprender viaje... y no convenía ir desprevenido.

Llegó a la estación y comprobó con sombría satisfacción que el tren no se había puesto en marcha. Juró como réprobo porque la gente le estorbaba, y pasando plaza de loco se abrió camino a empujones. El tren ya oscilaba y cerrábanse de golpe las portezuelas. El padre iba desolado, asomándose a las ventanillas desde el estribo para registrar el interior de los vagones. Por fin un grito de dolor y una interjección furiosa salieron de sus labios casi a la vez, y se lanzó dentro de un departamento, ocupado por dos personas...

Lorenzo se volvió. «Vente ahora mismo conmigo... Deja a esa perra.» Al hablar así, Gurrea le asía del brazo, y como Lorenzo, resistiéndose, forcejease por rechazar a su padre, éste sintió pasar ante sus pupilas una nube roja y sacó el revólver. «Te mato.

Por la virgen del Pilar lo juro. Antes te mato que consentir esta infamia.» Lorenzo luchaba, empujaba a su padre al estribo, quería echarle fuera... El veterano, comprendiendo que llevaba la peor parte y que iba a ser lanzado, ciego de rabia, de indignación, alzó el arma, apretó el gatillo, disparó... Pero antes, Teodora, rescatando en un segundo todas sus culpas y pagando su deuda con gallardía y lealtad, se interpuso entre el padre y el hijo, y la bala dirigida al pecho de Lorenzo la atravesó a ella de sien a sien. Lorenzo, que la sostuvo por el talle, la sintió doblegarse, pesar, deslizarse al suelo... y estúpido de horror, no se daba cuenta aún de que aquello era la muerte.